

# Instituto de Ciencia Política

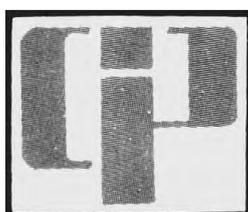
Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de la República

La tradicionalización del Frente Amplio: el nacimiento  
de a tercera divisa  
Acerca del itinerario reciente de la izquierda uruguaya  
(1984-2000). N° II

Jaime Yaffé

Documento de Trabajo N° 27  
2001



## Acerca del itinerario reciente de la izquierda uruguaya (1984-2000) - (II) \*

### LA TRADICIONALIZACION DEL FRENTE AMPLIO Y EL NACIMIENTO DE LA TERCERA DIVISA

JAIME YAFFÉ \*\*

#### 1. Introducción: la construcción de una tradición de izquierda

En un documento de trabajo anterior (Yaffé 2001) que abrió esta serie de tres, pasé revista a varios aspectos (ideología, programa, organización, convocatoria) del itinerario político de la izquierda uruguaya entre 1984 y 2000 (con algunas referencias al pasado algo más distante, en particular al período 1971-73). Señalé, anotando cambios y permanencias, la pertinencia de especificar la renovación vivida por la izquierda frenteamplista en términos de moderación política. Con ello pretendo dar cuenta del acercamiento del Frente Amplio con respecto a los partidos tradicionales uruguayos, incluyendo la asimilación por parte del primero de algunos de los rasgos hasta entonces distintivos de estos últimos.

En este segundo documento, abordo otro aspecto parcial de esa peripecia frenteamplista: de estos años: su tradicionalización (en sentido estricto). Con ello quiero dar cuenta de una nueva relación de la izquierda con la tradición y de la construcción de una tradición frenteamplista que,

---

\* El trabajo que se presenta en esta serie de tres documentos es el resultado de una investigación realizada en el marco de la preparación de la Monografía Final con la que en diciembre de 1999 obtuve el título de Licenciado en Ciencia Política. La misma se desarrolló en el Área de Historia Política del Instituto de Ciencia Política entre 1998 y 1999 bajo la tutoría de José Rilla quien orientó y supervisó todo el proceso de investigación y redacción. Jorge Lanzaro y Romeo Pérez realizaron valiosos comentarios y sugerencias sobre diversos aspectos del trabajo, los que han sido parcialmente incorporados. No obstante ello, como siempre, la responsabilidad por lo que aquí se dice corre por cuenta exclusiva del autor.

\*\* Profesor de Historia (Instituto de Profesores Artigas) y Licenciado en Ciencia Política (Facultad de Ciencias Sociales). Docente de la Enseñanza Secundaria y de la Universidad de la República. Investigador del Instituto de Ciencia Política (Facultad de Ciencias Sociales) y del Instituto de Economía (Facultad de Ciencias Económicas y de Administración), Universidad de la República.

fuertemente centrada en una particular interpretación del pasado nacional, se constituye en uno de los elementos centrales de su identidad partidaria.

Este asunto es un aspecto más, entre los varios que se estudian a lo largo de los tres documentos proyectados, de la evolución general del Frente Amplio en el período. Lo he separado, a efectos de darle un tratamiento privilegiado y estudiarlo con una mayor profundidad y extensión, por considerarlo el complemento y la contracara funcional de la moderación analizada en el documento anterior. Todos los puntos tratados en esta segunda parte constituyen el desarrollo de un aspecto parcial vinculado con los anteriores. Existen entre ellos múltiples vinculaciones que, de no considerarse reducirán las posibilidades de percibir en todas sus dimensiones el multifacético proceso de renovación de la izquierda que se ha producido en estos quince años. Sin quitar validez a lo anterior, en este documento se aborda específicamente un asunto central dentro del tema planteado: la efectiva tradicionalización del Frente Amplio, su literal conversión en un partido tradicional, aun más tradicional que las actuales versiones de los partidos blanco y colorado.

En los apartados que siguen, ya no me ocupo –como en el documento anterior– de observar los aspectos en que el Frente Amplio se ha ido acercando a los partidos tradicionales. Aquí se trata de establecer en qué sentido el Frente Amplio es también un partido tradicional, cuál es su tradición, cómo ha sido construida, cómo es presentada y utilizada, cómo se manifiesta en la acción política, cómo se vincula o deslinda con las tradiciones de los otros partidos.

Para mejor ubicar este aspecto específico dentro de la temática general que se aborda en la serie iniciada con el documento anterior, reiteremos que en los años que van de 1984 al 2000 el Frente Amplio experimentó un proceso de renovación caracterizado por la moderación y la tradicionalización. Esa renovación, que retoma antecedentes del pasado predictatorial, ha estado estrechamente vinculada (e interactúa) con el reposicionamiento de la izquierda como actor relevante del sistema político. Se trata de una renovación exitosa que, en parte, explica el creciente peso político de la izquierda, el cual a su vez la convalidó e impulsó.

En los últimos años se ha vuelto frecuente el uso del término *tradicionalización*, que en un principio despertó resistencias, para referirse a los cambios experimentados por la izquierda uruguaya en los años que van de la restauración democrática de 1984 a la actualidad. Sin embargo, se lo aplica en más de un sentido para dar cuenta, según creo, de fenómenos diferentes. Se lo utiliza con por lo menos dos significados diferentes aunque no incompatibles. Por un lado, se habla de *tradicionalización* para referirse al acercamiento del Frente Amplio a los partidos tradicionales al incorporar rasgos que antes eran privativos de estos. Por otro lado, la *tradicionalización* es referida al hecho de que el Frente Amplio acuñó una tradición propia y la incorporó como un elemento constitutivo de su identidad y de su accionar político. Efectivamente, ambos fenómenos son facetas de la renovación de la izquierda. Pero, aunque relacionados, son dos asuntos distintos he sugerido que, en aras de la claridad, les sean atribuidas denominaciones diferentes. Por ello propuse reservar el término *tradicionalización* únicamente para referirse al segundo fenómeno y denominar al primero como *moderación*.

Por un lado entonces, la izquierda procesa en estos años una evidente moderación que afecta todas sus facetas, pero es especialmente notable en sus formulaciones programáticas y en su relacionamiento político. El resultado es un acercamiento, una menor distancia, respecto a los partidos tradicionales. Esto se ve además reforzado por la tendencia centrípeta que exhibe la competencia política en el Uruguay contemporáneo, en el marco de la cual los partidos, asumen características comunes en un flujo de asimilaciones recíprocas de rasgos y comportamientos políticos.

Por otro lado, en el marco de la renovación, simultáneamente con la moderación, se produce la *tradicionalización* del Frente Amplio<sup>1</sup>. La izquierda frenteamplista acumula una experiencia

---

<sup>1</sup> Entre los antecedentes del señalamiento de este fenómeno en el ámbito académico es ineludible hacer referencia a tres trabajos. Gerardo Caetano y José Rilla (1995) abordaron específicamente la trayectoria de las relaciones entre izquierda y tradición iluminando el proceso contemporáneo desde una perspectiva histórica. Jorge Lanzaro (1996) si bien no se centra en el asunto, lo señala y considera en el marco de los cambios más generales que procesa la izquierda. El trabajo de Rosario Queirolo (1999) es un buen ejemplo del uso de la denominación *tradicionalización* para dar cuenta de fenómenos diferentes a los que yo considero que debiera restringirse el concepto.

histórica propia a partir de la cual nace una nueva tradición política que es además atesorada deliberadamente y expuesta como seña de identidad. El Frente Amplio, se vuelve así un partido con tradición, y en ese sentido el recorrido a través del cual este fenómeno se concretó puede describirse en términos de tradicionalización.

La misma supone una nueva relación con la tradición, bien distinta a la que fuera característica de una izquierda que, por antitradicionalista, gustó definirse como *de ideas*. Con ello incorpora a su vez una nueva visión del pasado, no sólo del propio sino también del pasado nacional y del de los otros (partidos). Así, la izquierda hace una peculiar reconstrucción de la historia uruguaya que se remonta a la revolución oriental y llega hasta nuestros días.

Al análisis de estas varias aspectos de la tradicionalización del Frente Amplio, en particular a la construcción y al uso de una tradición de izquierda, están destinadas las páginas que siguen.

## **2. Las tradiciones políticas**

En un estudio pionero sobre la temática de la izquierda uruguaya y la tradición, José Rilla y Gerardo Caetano (1995: 16-17) señalaron dos posibles enfoques para acercarse a una definición de la tradición: como *conjunto de prácticas* y como *interpretación deliberadamente vinculante del pasado*. Aunque estos historiadores no plantean que ambos enfoques sean contradictorios, aprovecho esa discriminación para señalar que las tradiciones políticas, entre ellas las partidarias, son ambas cosas a la vez. La tradición supone una visión del pasado que se conecta, a manera de fundamento legitimante, con ciertos valores y prácticas presentes, comportamientos predeterminados y aun ritualizados. La tradición plantea precisamente una cierta relación entre el presente y el pasado, una lectura del pasado desde el presente, y una fundamentación del presente desde el pasado. Ahora bien, los muertos, muertos están. Ambas operaciones –recuperación del pasado y legitimación del comportamiento actual- son obra de los habitantes del presente -presente que cambia y deja de serlo permanentemente cierto es, pero presente al fin- que no dejan de hurgar en el pasado. para comprenderlo, o sea rehacerlo, releerlo convenientemente.

Eric Hobsbawn<sup>2</sup> ha hablado de las *tradiciones inventadas* para referirse a esas prácticas presentes que implican una continuidad con un pasado: “Se entiende por tradición inventada el conjunto de prácticas normalmente regidas por reglas aceptadas en forma explícita o implícita y de naturaleza ritual o simbólica, que tienen por objeto inculcar determinados valores y normas de conducta a través de su reiteración, lo que automáticamente implica la continuidad con el pasado” (Hobsbawn 1991). Aunque no coincido plenamente con el carácter estático e invariante que el historiador inglés –al diferenciarlas de las meras costumbres– señala como distintivo de las tradiciones, la denominación que utiliza es plenamente acertada en tanto da cuenta del carácter de *invento*, de construcción deliberada, propio de las visiones del pasado a que remiten esas tradiciones.

Hobsbawn deja abierta la puerta a la existencia de otro tipo de tradiciones, pero lamentablemente no las desarrolla, al hacer la distinción entre las tradiciones inventadas y las demás –¿acaso tradiciones no inventadas?, ¿quizás acumulaciones espontáneas de prácticas sin reconstrucción deliberada e interesada del pasado?-. A los efectos del tema de este trabajo vinculado específicamente a las tradiciones políticas, entiendo que éstas siempre suponen una vinculación deliberada con el pasado, una operación de selección del pasado. Por tanto, siempre son elaboraciones hechas desde el cambiante presente de quienes mantienen, transforman, descartan, en fin, inventan tradiciones. Esa dimensión de vinculación con el pasado es el aspecto de las tradiciones políticas sobre el que me centro aquí: la invención de una tradición de la izquierda en tanto lectura y reconstrucción del pasado nacional que opera como fundamento legitimador de valores y comportamientos políticos actuales y se expresa además en un conjunto de objetos materiales y ceremonias de carácter simbólico y ritual.

Las tradiciones políticas incluyen entonces un conjunto de referentes que vienen del pasado y que son considerados como constitutivos, de la identidad de un sujeto colectivo (partido,

---

<sup>2</sup> Con Hobsbawn y con Anderson que cito más adelante sucede lo mismo que con buena parte de la literatura sobre las tradiciones políticas: está referida al tema de la nación y el nacionalismo. Por tanto, las categorías utilizadas están pensadas para otro asunto. Al aplicarlas al estudio de las tradiciones partidarias, se está haciendo una traslación a un campo para el que no fueron creadas. De cualquier forma, considero que esa aplicación funciona correctamente y contribuye al abordaje de la tradición de la izquierda.

localidad, nación). En el caso de las tradiciones partidarias estas pueden ser -hay aquí un margen de variación que depende del uso que en cada partido haga de su propia tradición- un fundamento destacado de su personalidad política. Junto con otros elementos (las referencias ideológicas, las definiciones programáticas, las modalidades de organización e integración político-partidaria) la tradición completa el cuadro de componentes de la identidad partidaria, de aquello que distingue a un partido de los otros y, a la vez, le permite imaginarse como un sujeto colectivo unido por ciertos elementos religantes.

Este último es un aspecto muy importante ya que el sentimiento de pertenencia, la identificación con el grupo, en este caso con el partido político, supone un componente imaginario que trasciende a las concretas vinculaciones materiales de los miembros entre sí y con la estructura orgánica del sujeto colectivo. En este sentido es aplicable el concepto de *comunidad imaginaria* postulado por Benedict Anderson (1983) para dar cuenta de ese sentimiento de unión que liga a los miembros más allá de las relaciones personales directas. Un sentimiento que es creación humana, que es entonces inventado. La tradición es uno de los factores que contribuyen a la construcción imaginaria del grupo reforzando los lazos de pertenencia, la identificación grupal.

Con este mismo sentido, hace algunos años Romeo Pérez, reflexionando a propósito de los partidos uruguayos, propuso una ilustración del componente tradicional de la política moderna, en términos que se me ocurren plenamente compatibles: “el vínculo entre intelectual y afectivo, entre simbólico y discursivo, entre ritual y misional que acomuna un enérgico *nosotros* movilizador: la tradición” (Pérez 1984: 76).

El conjunto de elementos tomados del pasado, fragmentos que integrados en un relato, constituyen la materia prima de las tradiciones políticas, tiene una composición diversa que se puede desagregar en dos grupos. En primer lugar, sucesos, actos, acontecimientos destacados del pasado. En este terreno, la tradición tiene componentes épicos (los pequeños o grandes enfrentamientos bélicos o estrictamente políticos), místicos (las facultades extraordinarias de los líderes, el poder de las masas) y hasta heroicos (el arrojo, el valor y la entrega de los héroes partidarios). En segundo lugar, valores, definiciones, modalidades de acción, que forman parte de la

trayectoria de un partido, las “posturas históricas” que trazan largas líneas de continuidad en el tiempo.

En ambos casos, la composición de la tradición implica una mirada selectiva al pasado. La tradición no viene dada espontáneamente, es construida deliberadamente seleccionando determinados sucesos ocurridos, posicionamientos y definiciones asumidas en tiempo pretérito. En tanto construcciones del presente, las tradiciones son cambiantes. Por ello, tanto se pueden producir acumulaciones, agregaciones por superposición, como también abandonos totales o parciales, y sustitución por otros, de componentes tradicionales que luego podrán volver o no.<sup>3</sup>

### **3. El tradicionalismo político uruguayo**

En el trabajo antes mencionado, Romeo Pérez señala que “en pocos casos” sucede lo que en los partidos tradicionales uruguayos: una sustitución muy fuerte de la ideología y los programas por parte de las tradiciones partidarias. Y es que efectivamente, el bipartidismo que dominó la política uruguaya durante buena parte de los siglos XIX y XX, fue un bipartidismo tradicionalista. Tanto blancos como colorados se constituyeron como comunidades políticas fuertemente identificadas en tanto receptoras de poderosas tradiciones partidarias. Fue este un rasgo distintivo respecto a los demás partidos que en distintos momentos pretendieron desafiar el predominio de blancos y colorados. Y aun cuando el lugar de sus respectivas tradiciones se haya hoy modificado en la configuración de sus identidades partidarias, constituyen acervos de memoria que perduran en la actualidad.

---

<sup>3</sup> Un ejemplo al respecto de esta mutabilidad de los componentes de las tradiciones partidarias lo da el Partido Nacional en su sucesión más reciente de tradiciones políticas: el herrerismo eclipsado por el wilsonismo (a su vez retoño del nacionalismo independiente antiherrerista) y redimido luego en la simbiosis herrero-wilsonista que el propio Wilson comenzó a tejer durante su exilio y que se reafirmó desde 1984 a nuestros días. Todo ello en el marco de la tradición blanca y nacionalista que, de esa forma, se ha ido redefiniendo, reconstruyendo en períodos de tiempo que no son excesivamente largos. Algo similar puede decirse del Partido Colorado, donde la tradición batllista vino a superponerse – no corresponde hablar en este caso de sustitución- sobre la vieja tradición colorada fundamentándose en ella y renovándola, en un sinuoso proceso que hoy hace prácticamente imposible discriminar una de otra ya que las otras vertientes –no batllistas- del coloradismo, que podrían haber dado lugar a otra complejización de la tradición colorada, fueron desapareciendo y sus herencias dejadas a un lado (por ahora).

La tradición colorada exhibe, al igual que las demás, un amplio repertorio, que incluye elementos simbólicos y otros que hacen a un determinado estilo de acción política. Entre los componentes del primer tipo, *lo colorado* se ha identificado con hechos heroicos del pasado como la *hecatombe de Quinteros* o sucesos históricos, aunque no estrictamente heroicos, como *la Defensa*; con ciertos períodos de la historia nacional como el *primer batllismo* y el *neobatllismo*; con personalidades de la historia política del siglo XX como José Batlle y Ordoñez y Luis Batlle Berres, y del siglo XIX como Fructuoso Rivera y Venancio Flores; con objetos y lugares símbolos como la divisa y la bandera coloradas, el edificio del diario *El Día*, el sobretodo gris. Pero la tradición colorada no se agota en los referentes de este tipo, también incluye componentes del segundo tipo. En ese plano, se la ha identificado con ciertas modalidades de acción política y de convocatoria ciudadana como ser la fuerte vinculación al aparato estatal y al gobierno (*partido del estado*, *partido de gobierno*) y la preferencia por la acción política u gubernativa centralizada. Todo esto forma parte de la tradición colorada e ilustra acerca de esa doble composición de las tradiciones políticas<sup>4</sup>, que no se reducen a sucesos del pasado, mitos, símbolos, figuras, sino que incluyen definiciones y modalidades de la acción política.

Lo mismo sucede con la tradición blanca. Entre los elementos tradicionales del primer orden se encuentran sucesos heroicos como el *sitio de Paysandú*, la *bala de Masoller* y acontecimientos o períodos históricos como *el Cerrito*; figuras emblemáticas como Juan Antonio Lavalleja, Manuel Oribe, Aparicio Saravia, Luis Alberto de Herrera, Wilson Ferreira Aldunate; objetos, lugares y costumbres de contenido simbólico como la divisa y la bandera blancas, el poncho blanco, El Cordobés, la caballería gaucha. En el segundo orden de componentes, la tradición blanca también incluye ciertas formas de comportamiento político pasadas o presentes como ser la acción revolucionaria desde el llano, la lucha por las garantías electorales y la cristalinidad del sufragio.

---

<sup>4</sup> Aunque remito estas afirmaciones a las tradiciones políticas, las mismas seguramente sean válidas para otras tradiciones. Pienso por ejemplo en las deportivas, más estrictamente las futbolísticas tanto nacionales (la del seleccionado "charrúa" y su otrora temible "garra") como clubísticas (nacionalófila y carbonera especialmente).

Trabajando en torno a estas visiones amplias de las tradiciones partidarias uruguayas, se han propuesto diversos ejes y categorías para comparar las tradiciones blanca y colorada: ruralismo-urbanismo, europeísmo-americanismo, modernismo-tradicionalismo, doctoralismo-caudillismo, entre otras.<sup>5</sup>

#### **4. Izquierda y tradición: una aversión persistente y una conciliación apasionada**

Por su parte, la izquierda, en Uruguay y el mundo, tuvo un problema elemental respecto a la tradición. El mismo se relacionaba con las concepciones acerca del carácter revolucionario del cambio social o mejor, del carácter rupturista de la revolución soñada. La concepción revolucionaria rupturista, entrañaba una problemática relación con el pasado (y con el presente): el pasado negativo a ser superado, la visión de lo nuevo como negación de lo viejo. Dentro de tal esquema de pensamiento, la tradición quedaba identificada con el pasado a sepultar. La izquierda asumió una postura de denostación y rechazo general de las tradiciones, excepto aquellas específicamente identificadas con su propio itinerario político y social.

En Uruguay, en términos generales, las organizaciones de izquierda tuvieron una postura de rechazo frente a buena parte de la tradición política nacional (asociada a la construcción y supervivencia de la “democracia burguesa” a superar), así como frente a las tradiciones blanca y colorada (vistas como fundamentos vacíos de partidos destinados a desaparecer). El discurso público de la izquierda antes del golpe de estado de 1973 (a pesar de la innovadora experiencia iniciada en 1971) da muestras permanentes del uso descalificante del adjetivo “tradicional” (lo tradicional, partido tradicional, política tradicional), identificado con todo aquello que la izquierda

---

<sup>5</sup> Romeo Pérez (1984) sintetizó y ordenó algunas comparaciones referidas a los estilos diversos de hacer política: “agonal entre los blancos, contractual entre los colorados”. Por su parte Carlos Pareja (1989), trabajando sobre el eje de los modos de acción y convocatoria política en el Río de la Plata, formuló la dicotomía jacobinismo-polifonía, sugiriendo la pertinencia de comparar la política colorada (jacobina, centralista-unitaria) con la política blanca (polifónica, descentralizadora).

estaba llamada a superar. Esta se veía y planteaba a sí misma, como la superación del tradicionalismo político en el Uruguay, representado por los partidos tradicionales.<sup>6</sup>

Líber Seregni, que sin embargo fue una figura clave en la modificación de la relación de la izquierda con la tradición nacional a partir de 1971, insistía en sus discursos del período 71-73 acerca del agotamiento de los partidos tradicionales como fundamento de la “necesidad” histórica del nacimiento y desarrollo del Frente Amplio: “La oligarquía controla totalmente a ambos partidos porque no tiene otro partido que contra el pueblo, y el pueblo ya no tiene lugar en los viejos lemas ... Los hombres progresistas y populares del Partido Colorado y del Partido Nacional ... que quieren ser fieles a su pueblo, comprendieron que tenían que romper el cascarón vacío de los viejos lemas y unirse con las otras fuerzas populares y progresistas, que ya no importan los cintillos ... de un lado está la oligarquía blanca y colorada del otro lado el pueblo ... Esa es la verdad ...”. (Wettstein 1984: 35-36)

El antitradicionalismo operaba incluso como recurso acusatorio en las disputas entre diversas corrientes. Con frecuencia, cuando desde la izquierda se calificaba críticamente a comunistas y socialistas, se hacía referencia a ellos como la *izquierda tradicional* con un cierto tono despectivo hacia los dos partidos más viejos de la izquierda uruguaya. Era común que los grupos pertenecientes al campo de la que se denominaba a sí misma como *izquierda independiente*, o *nacional*, o *nueva izquierda*, se refirieran a la “otra” izquierda, comunista y socialista, como la *izquierda tradicional*. De esta forma, esas corrientes, al tiempo que desafiaban al bipartidismo tradicional blanco y colorado, identificaban críticamente un bipartidismo tradicional comunista y socialista, trasladando al interior de la izquierda la carga negativa asignada a la etiqueta tradicional. Era otro testimonio de la problemática relación de la izquierda con el tradicionalismo.

---

<sup>6</sup> Temeroso de la interpretación que el lector pueda atribuir a estas compactas afirmaciones, le recuerdo que las mismas habitan el planeta de la generalidad. Siempre hay casos que se salen de ese plano y que plantean, algunas veces una alternativa frustrada, otras el anuncio de un desarrollo futuro. Precisamente en este tema de las difíciles relaciones de la izquierda uruguaya con el tradicionalismo político nacional, hay excepciones antes del 1973 y aún antes de 1971 a lo largo de las tres décadas precedentes, que son verdaderos anuncios, antecedentes del cambio que se gestaría con la fundación del Frente Amplio y se confirmaría plenamente luego de 1984.

Ese conflicto de la izquierda con la tradición, se vincula a su vez con una cierta concepción de las vinculaciones entre política y razón. La izquierda se imaginaba a sí misma como opción política *racional* en contraposición a la política *tradicional*. Esta contrastación albergaba una identificación, paradójicamente prejuiciosa, entre tradición e irracionalismo. A partir de la antítesis irreconciliable de razón y tradición, la acción política racional<sup>7</sup> era automáticamente entendida como política no tradicional. Esta serie de contraposiciones y asociaciones constituía por sí misma un espectacular prejuicio aunque se planteara exactamente al revés, como puro pensamiento racional. En verdad, puede sostenerse que estas consideraciones revelan un fuerte irracionalismo, en tanto no se fundaban en ninguna clase de razonamiento acerca de las tradiciones como conjuntos de acumulaciones de saberes, formas de proceder, modos de convocatoria ciudadana y acción política, sino que las tomaba automáticamente como un conjunto de prejuicios que nublaban la razón encubriendo la *verdad histórica*. Por ello los partidos de izquierda aceptaban gustosos el rótulo de *partidos de ideas* como elemento que los distinguía de los otros, que carentes de ideas, se fundaban en simples tradiciones.

En esos términos se había planteado la cuestión durante varias décadas, desde los orígenes hasta que el golpe del 73. Veamos ahora cuál es el estado del asunto luego de la experiencia dictatorial. A partir de la redemocratización y a lo largo de los dieciséis años transcurridos de entonces a hoy, la izquierda uruguaya procesó un replanteamiento radical de aquella visión negativa de la tradición. El cambio es tan espectacular que hoy puede señalarse que el Frente Amplio es el más tradicional de los partidos uruguayos. No sólo ha estado elaborando una tradición política propia, sino que hace de ella un uso intensivo, en tanto recurso relevante tanto de la identificación y cohesión partidaria, como de la acción política y su legitimación. La incorporación del tradicionalismo político ha sido tan fuerte que, en este terreno, el señalamiento de la

---

<sup>7</sup> Al usar aquí la acepción "política racional" lo hago estrictamente para analizar su frecuentada contraposición con "política tradicional". No debe confundirse por tanto con el sentido que Eric Hobsbawm (1993) le asignara al hablar de "izquierda racional" como contrapuesta a "izquierda emotiva", en una acepción totalmente distinta de la aquí planteada.

tradicionalización del Frente Amplio es una caracterización tan evidente como incuestionable. En una mirada comparativa con los cambios que blancos y colorados han experimentado en relación con sus propias tradiciones, el partido frenteamplista puede verse más tradicionalizado y tradicionalista que los viejos partidos.

Este fenómeno tiene, en cierta forma un origen espontáneo, ya que es el resultado de la acumulación de una peripecia histórica propia. El Frente Amplio dispone de una historia de casi treinta años, lo suficientemente extensa como para albergar un conjunto de experiencias, acontecimientos, personalidades, lugares y símbolos que constituyen una memoria partidaria disponible, un arsenal histórico propiamente frenteamplista.

Pero lo más importante para explicar la emergencia de esta transformación, es que más allá de esa espontánea acumulación de una historia partidaria lo suficientemente extensa, ha habido en estos quince años una auténtica invención de tradición, deliberada construcción de una tradición frenteamplista a partir de esa historia vivida. Un operativo político conveniente, en tanto supuso fijar raíces, anclajes propios en el pasado nacional, a través del cual la izquierda obtiene varios recursos políticos: una fuerte cohesión interna, una diferenciación respecto los otros, una imbricación simbólica y concreta con la sociedad y la política nacional que le permitió romper más plenamente con los vestigios de la vieja ajenidad políticamente inhibitoria, en los hechos abandonada por medio de la integración política de la izquierda procesada en los mismos años.

Sería un error de apreciación histórica, considerar que esta es una novedad absoluta del período abierto en 1984. Por el contrario, registra antecedentes especialmente relevantes en el período 1971-1973. La fundación del Frente Amplio es el acontecimiento que marca el momento preciso en que estas tendencias comienzan a trazar un innovación contundente en la relación de la izquierda con la tradición, aún cuando como ya señalara esta innovación conviviera con fuertes vestigios del viejo antitradicionalismo. Como siempre sucede en las instancias de transición, lo nuevo y lo viejo conviven hasta que o se consolida la novedad o se retrae frente a la continuidad, o da lugar a una síntesis que de cualquier forma implica un cambio una vía de superación del orden de cosas anterior. Aquel proceso de cambio se vio bloqueado, como tantas otras cosas, por la clausura

política de 1973 y tardaría once años en volver a desplegarse y finalizar la transición entonces iniciada.

Más allá de esta peripecia, el punto es que en verdad, el posicionamiento del Frente Amplio entre 1971 y 1973 respecto a la tradición política nacional y aún a las tradiciones blanca y colorada no era de absoluta ruptura y ajenidad. Al examinar los discursos y declaraciones de la primera hora del FA, especialmente de Líber Seregni, se comprueba que, si bien hay una condena de los partidos tradicionales en su versión contemporánea, al mismo tiempo son constantes las apelaciones al pasado y a las tradiciones nacionales y al pasado y las tradiciones blanca y colorada, con un punto claramente privilegiado en la reivindicación del artiguismo convenientemente prepartidario: "...Hemos tenido una verdadera obsesión con nuestra continuidad nacional. Hemos nacido afirmando esa continuidad. Desde nuestra bandera frenteamplista, desde nuestra base artiguista, señalando que proseguimos a Artigas en sus grandes tareas, pues son todavía incumplidas. Y mucho hemos recordado a los Treinta y Tres orientales, a Lavalleja, Oribe y Rivera, como ejemplo del gran frente amplio de los tenientes de Artigas...". (Wettstein 1984: 39-40)

De esta forma, con la fundación del Frente Amplio y bajo el liderazgo de Seregni se operó un cambio relevante en la visión y la relación de la izquierda uruguaya con la tradición. Los antecedentes de esta transformación podrían remontarse hasta la década del 50, pero a los efectos de este trabajo lo que interesa es señalar su continuidad y profundización a partir de 1984 cuando dio lugar a la efectiva tradicionalización del Frente Amplio (entendida como plena adopción del tradicionalismo político) incorporando a la tradición propia no sólo la artiguista sino también la nacionalista, la batllista y últimamente la neobatllista.

En los apartados siguientes se estudian los contenidos específicos de esta *tradición inventada*, la tradición frenteamplista, comenzando por la relectura del pasado nacional y el replanteamiento de la relación con las otras tradiciones partidarias. Pero, antes permítaseme volver sobre algunas cuestiones generales relativas a las relaciones entre Historia y Política y, en particular, al lugar de los historiadores en la construcción de esa relación, ya que este será un punto de

inevitable referencia para el registro de la conciliación de la izquierda con la tradición en el Uruguay.

## **5. Historia y Política: la disputa por el pasado**

Que la historia no es sólo una disciplina del conocimiento, sino también un recurso de la acción política, es cosa sabida y admitida. Sin embargo, en Uruguay no se ha estudiado específicamente, cómo se produce la comunicación que va de la producción historiográfica al uso político de la historia y viceversa.

Los historiadores, en su afán de conocer la realidad pretérita de las sociedades, producen dentro de ciertos parámetros, reglas del oficio, que imponen un conjunto de rigurosidades, exigencias y controles mutuos propios del trabajo académico. Son las garantías compartidas dentro de una comunidad académica que asigna o quita validez a los resultados de la investigación histórica. El público, el auditorio de la historia, menos exigente con los procedimientos, de cualquier forma se vuelve un segundo ámbito de reconocimiento o cuestionamiento de la obra de los historiadores.

Los políticos y los partidos disponen del pasado histórico propio y colectivo como un arma para la batalla política. No se trata de un recurso más de la lucha política. El uso del pasado, de un pasado convenientemente reconstruido y presentado (sin apego a reglas ni controles, sencillamente reelaborado y exhibido), cumple para los partidos dos funciones relevantes. Por un lado, es un validante de los programas y planteos presentes, dotándolos de proyecciones de largo plazo, de fundamentos históricos, justificativos pasados de acciones y orientaciones actuales. Por otro, actúa como religante de las colectividades políticas, otorgador de identidades comunes, reforzador de emotividades y fibras irracionales que están detrás de toda pasión política, dando calor y fuerza a las racionalidades programáticas y estratégicas (a las que de ninguna manera se reduce la política realmente existente).

Ambas reconstrucciones del pasado, la del historiador y la del político, respondiendo a motivaciones y procedimientos bien distintos, se cruzan. Este intercambio no depende de la voluntad de las dos sujetos en cuestión, sencillamente se produce. Los partidos y los políticos realizan su propia reconstrucción del pasado, pero la hacen tomando de las producciones historiográficas aquello que conviene a la justificación de sus posicionamientos actuales y proyectos futuros así como al reforzamiento de las identidades religantes de sus colectividades. Se nutren de los resultados de la investigación histórica, seleccionan e incorporan elementos para conformar una lectura políticamente conveniente del pasado.

Por su parte, los historiadores, por iluminados que sean, no dejan de ser hombres y mujeres de su época y lugar. Sus preocupaciones, sus miradas, sus temas, sus preguntas, sus procedimientos, sus fuentes preferidas, se formulan y reformulan en el marco de un cierto clima social, político y cultural. Los acercamientos al pasado son siempre necesariamente parciales y las conclusiones relativas. Entre otras cosas porque el historiador reconoce sus limitaciones, sabe que no siempre dispone de toda la documentación relevante y que sus instrumentos teóricos, metodológicos y hasta técnicos se renuevan permanentemente ampliando horizontes, cuestionando visiones aceptadas. Pero también la humildad le viene porque admite, quizás mejor que muchos otros cultivadores del conocimiento de pretensión científica, que sus propias miradas están fundadas en preocupaciones que le vienen de su época, de su condición económica, de su ubicación social, de su universo cultural, de su orientación filosófica, de sus preferencias ideológicas, de sus definiciones políticas y sus pertenencias o afinidades partidarias.

Este no es un pecado que deba esconderse. Le sucede a todo estudioso de la realidad, por más que pretenda negarlo. Precisamente las reglas del trabajo académico actúan como garantías contra los efectos de todas estas determinaciones y condicionalidades. Pero no las eliminan, sólo les imponen sucesivas vallas, refuerzan los mecanismos de contrastación empírica para respaldar o cuestionar los resultados del acercamiento a la realidad. Justamente por ello las visiones históricas están saludablemente condenadas a la permanente revisión.

Veamos un ejemplo contundente: el del artiguismo (sus visiones y revisiones). A la *leyenda negra* inventada por los vencedores de 1820, le sucedió *leyenda de bronce* inaugurada a fines del siglo XIX por los primeros historiadores uruguayos como conveniente revisión de la anterior pero historiográficamente tan llena de debilidades como aquella. La consolidación del estado nacional requería de una nacionalidad hasta entonces muy débil o cuasi inexistente. En ese contexto Artigas, multiplicado durante décadas por miles y miles gracias a la pasión por el bronce desplegada persistentemente por las autoridades, emergió como elemento de orgullo y religión nacional: padre nuestro, señor de nuestra tierra, verbo de la gloria, portador solar de la libertad, para la patria .... un dios.<sup>8</sup>

La segunda mitad del siglo XX conoció una creciente hostilidad hacia el bronce legendario de aquel artiguismo sobrehumano, tan indebidamente limitado a sus dotes políticas y militares. La historiografía más dinámica de los agitados años sesenta encaminó una nueva revisión. Y de toda revisión, que por definición se funda en la crítica de lo existente y aceptado, surge algo nuevo. La nueva visión del artiguismo que emergió con fuerza en los sesentas y primeros setentas consolidándose en los ochentas y noventas de este siglo, puso el acento en los atributos humanos del caudillo, en sus preocupaciones sociales y económicas, en su inclinación por los más débiles y desamparados:

Como veremos detalladamente más adelante, la revisión historiográfica de los sesenta y setenta y la emergencia y crecimiento de la izquierda se alimentaron mutuamente en el marco del proceso de tradicionalización de la izquierda uruguaya que culmina en los noventa. En particular, la revisión y revalorización del artiguismo a partir de las nuevas miradas de la historiografía uruguaya de los sesentas dieron lugar a una nueva visión de la revolución oriental de la que la izquierda se hizo cargo. El artiguismo en esta nueva clave descubierta y presentada desde la investigación

---

<sup>8</sup> Palabras más, palabras menos, así reza el "Himno a Artigas". El héroe tuvo su himno y la patria su dios. Mis recuerdos infantiles, recientemente refrescados por la escolarización de mis hijos, reponen ante mí esta insólita divinización del caudillo sobre la cual, en su momento, no había puesto mayor atención. Supe cantar estos versos con inocencia y, en medio de los desvaríos historicistas y patriotistas que la dictadura militar desplegaba allá por 1974-79 —mis años escolares— quizás en algún momento hasta me haya invadido cierto estado de fuerte emoción ante semejante invocación de aquel hombre. ¡Perdón! ¿qué digo? De aquel dios!

histórica fue incorporado como una pieza central de la relectura del pasado nacional realizada desde la izquierda política. El Frente Amplio adoptó la bandera de Otorqués como propia, realizó su primer acto de masas un 26 de marzo (de 1971) y el discurso de cierre del mismo culminó al grito de “padre Artigas guíanos”. Desde entonces se desarrolló una nueva visión mítica del artiguismo, esta vez sostenida por la izquierda, que bien podía catalogarse como su “leyenda roja”.

Se trata de un caso concreto que ilustra esta fuerte imbricación que en el Uruguay han tenido la Historia y la Política, en particular por el uso del pasado como recurso de acción en una política fuertemente tradicionalizada. La izquierda, que supo de la negación persistente de esta veta política, la incorporó crecientemente, pudiéndose reconocer en 1971 con la fundación del Frente Amplio, un punto de inflexión al respecto.

## 6. Izquierda y artiguismo <sup>9</sup>

El nacimiento del Frente Amplio y su desempeño en los casi treinta meses que mediaron hasta su ilegalización, marcaron un momento de inflexión en dos aspectos estrechamente asociados a la vinculación de la izquierda con el pasado: reconstrucción histórica (tratamiento de y posicionamiento en la historia nacional) y relación con las tradiciones ajenas (blanca y colorada). Desplegó desde el comienzo un fuerte impulso tradicionalista incorporando esta veta como uno de los componentes fuertes de su prédica y accionar político. Este giro tradicionalista que, de la mano del frenteamplismo, pegara la izquierda uruguaya a partir de 1971, recogió acumulaciones iniciadas años atrás en algunas corrientes de la izquierda y algunos núcleos intelectuales vinculados a ella.

---

<sup>9</sup> Algunas de las ideas desarrolladas en este apartado fueron expuestas anteriormente en la ponencia que, bajo el título *La izquierda uruguaya y el pasado revolucionario oriental ¿Una leyenda roja del artiguismo?*, presenté al Simposio “La Universidad en la conmemoración de los 150 años de la muerte de José Artigas. Nuevas miradas y debates actuales en torno al artiguismo”, Montevideo – Uruguay, 28 y 29 de setiembre de 2000, organizado por el Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República.

De aquí en adelante en este trabajo refiero recurrentemente, y a veces cito, en forma indistinta a figuras de la izquierda política y a intelectuales, especialmente historiadores, con diversos grados de vinculación a aquella, que van de la pertenencia orgánica a la simple afinidad sin compromiso de ningún tipo. Cabe en este sentido una precisión, ya que podría resultar arbitrario este manejo indistinto de opiniones que vienen de la izquierda partidaria y de la intelectualidad como si se tratara de una misma fuente. Considero que este procedimiento se justifica en el hecho de que efectivamente hubo (especialmente en los años sesenta) una comunicación intensa entre ambos planos (el político y el intelectual).

En su reubicación frente al pasado nacional, la izquierda se inspiraba en la producción de los historiadores revisionistas (en sentido amplio, no restringido estrictamente al *revisionismo histórico*<sup>10</sup>) y al mismo tiempo emitía señales que impulsaban a estos a transitar por ciertos temas y períodos con nuevos enfoques. En el desempeño académico de su oficio, los historiadores iluminaban viejos asuntos con nuevas miradas produciendo un material que alimentaba la renovación del enfoque histórico de la izquierda, al tiempo que se veían motivados por el clima político y cultural a que daba lugar esa misma renovación proveniente de las estructuras orgánicas de la izquierda. Había entonces un diálogo, una comunicación implícita entre la izquierda partidaria y la intelectualidad “crítica” que considero me habilita a proceder de la forma en que aquí lo hago.<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> Hacia la década del cincuenta, la historiografía uruguaya conoció su propio “revisionismo” (Washington Reyes Abadie, Tabaré Melogno, Oscar Bruschera, Vivían Trias, Carlos Machado, entre otros) que se prolongaría en los sesenta mostrando gran sintonía con la orientación del argentino (Ernesto Palacio, Jorge Abelardo Ramos, José María Rosa, por sólo mencionar algunos de los muchos de la prolífica corriente) que se desarrolló contemporáneamente. Entre otros aspectos, ambos tuvieron de común el de cuestionar, revisar, sus respectivas “historias oficiales” relejendo el itinerario histórico nacional e identificando un “proyecto frustrado”, luego ocultado o distorsionado por esa historia oficial contra la que los revisionistas se erigieron. Mientras que en el caso uruguayo el destino frustrado de la nación fue el del artiguismo, los revisionistas argentinos encontraron el suyo en el rosismo. La literatura revisionista abrió así el camino que en las décadas del sesenta y setenta transitarían los historiadores que extremaron la revisión y revalorización del artiguismo (especialmente Lucía Sala, Julio Rodríguez, Nelson de la Torre y, en menor medida, José Pedro Barrán y Benjamin Nahum). Para una presentación sintética pero bien abarcativa del revisionismo y de su lugar en la historiografía uruguaya puede consultarse Real de Azúa (1969).

<sup>11</sup> Al pasar por este problema es ineludible señalar que el semanario “Marcha” jugó un papel fundamental en todo este proceso. Un estudio específico del itinerario de esta comunicación entre intelectuales críticos e izquierda en Uruguay, y en particular sobre el rol de “Marcha”, se encuentra en De Armas y Garcé (1997).

El núcleo central de la reconstrucción histórica ensayada, el rescate y relectura del artiguismo desde la izquierda, aunque se transformó en un componente relevante de su discurso público y su interpretación y ubicación en la historia nacional, no fue una invención frenteamplista. Esa revalorización se había iniciado hacia mediados de los cincuenta y desplegado en los sesenta

desde diversos ámbitos de la izquierda política y la intelectualidad. El Partido Comunista luego de la renovación que iniciara a mediados de los cincuenta ensayó la incorporación y exaltación de un Artigas revolucionario social. En los años sesenta un equipo de historiadores vinculados a ese partido (Lucía Sala, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre) llevó adelante la más profunda investigación que hasta hoy se conoce sobre el período colonial, la revolución artiguista y los primeros años del Uruguay independiente.<sup>12</sup>

Esta reubicación frente al pasado nacional desde la izquierda comunista, confluyó en esa década del sesenta con impulsos similares y aún anteriores de otros grupos de izquierda<sup>13</sup> y núcleos intelectuales. Unos tres años antes de la difusión de la mencionada investigación, los entonces jóvenes y desconocidos historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum habían dado a conocer una breve obra, la primera de su autoría conjunta, sobre el artiguismo (Barrán y Nahum 1964). Vista desde ahora, esa publicación constituye un verdadero anuncio de la línea reinterpretativa señalada cuyos ejes creo que pueden sintetizarse en cuatro puntos: la preocupación por los fundamentos económicos y sociales del devenir histórico; la centralidad de los sujetos sociales colectivos (las “masas populares”) en los procesos históricos; el carácter revolucionario, o por lo menos

---

<sup>12</sup> La investigación mencionada se llevó adelante en el ámbito del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades (Universidad de la República). Los resultados de la misma fueron publicados entre 1967 y 1972 por Editorial Pueblos Unidos de Montevideo en varios volúmenes: *Artigas, tierra y revolución* (1967), *Estructura económico-social de la colonia* (1967), *Evolución económica de la Banda Oriental* (1968), *La revolución agraria artiguista (1815-1816)* (1969), *La oligarquía oriental en la Cisplatina* (1970), en colaboración con Rosa Alonso, y *Después de Artigas (1820-1836)* (1972).

<sup>13</sup> En el terreno estrictamente político, también el Movimiento de Liberación Nacional participó por esos mismos años de la misma valoración y uso del artiguismo como centro de la relectura izquierdista de nuestra historia nacional, llevándole al plano simbólico en la bandera del grupo (la bandera oficial de Artigas con el logotipo del grupo superpuesta en el centro).

profundamente transformador y la intención social progresista de ciertos hitos de nuestro pasado; y por último el fracaso, el carácter frustrado de esos ensayos transformadores<sup>14</sup>.

El Frente Amplio al retomar estos antecedentes y desarrollarlos con una potencia mucho mayor, inició una incorporación plena del tradicionalismo político, que va a romper el predominio de la veta racionalista e ideológica. Este impulso tradicionalista que replantea las relaciones y el posicionamiento de la izquierda frente al pasado nacional, da lugar a la articulación de una nueva lectura de la historia nacional y de las tradiciones. La nueva formulación, reconstrucción, histórica se remonta a un origen artiguista de la nación de contenido popular, nacional y democrático, con el que el Frente Amplio se identifica. Aquel movimiento revolucionario convenientemente rescatado en sus claves antioligárquicas y antimperialistas, remonta al origen mismo de la nación oriental la identificación primera de la izquierda frenteamplista.

El discurso público de la nueva fuerza política nacida en 1971, en la voz de Seregni, se movía machaconamente en la identificación con el artiguismo, el rescate de la figura de Artigas, la invocación de sus definiciones, el uso frecuente de sus frases en los actos públicos y documentos del Frente Amplio, el uso de las fechas vinculadas a la epopeya artiguista como momentos de conmemoración del propio Frente Amplio, la simbología, la imagen de Artigas que aparece en la documentación, en el material impreso y propagandístico, la bandera de Otorugués. Toda esta exaltación no sólo operaba como reposicionamiento de la izquierda ante el pasado y como

---

<sup>14</sup> Los mismos ejes serán luego aplicados a otros momentos y fenómenos de la historia nacional dando lugar a nuevas versiones de nuestra historia con las que la izquierda continuó alimentando su reconstrucción histórica. En particular, esto es válido para el estudio e interpretación del batllismo que se desarrollará en las dos décadas siguientes, cuyo centro es la monumental obra de Barrán y Nahum sobre la que volveré más adelante. Con el batllismo, izquierda e historiadores, reeditando la experiencia del artiguismo, volvieron a confluír sobre un periodo y un asunto destacado del pasado nacional desde ópticas y preocupaciones sintonizadas. Sin embargo, al margen de estas coincidencias y complementariedad de enfoques entre la obra de los historiadores comunistas y la de Barrán y Nahum debe señalarse que estos últimos tenían una ubicación política bien distinta. Para empezar, aún tratándose de "gente de izquierda" no se trata de "orgánicos" de ningún partido de izquierda y su obra historiográfica no puede ser asociada a un proyecto político en particular. En segundo lugar, su trayectoria historiográfica posterior, muestra una viraje desde una visión económico-social de la historia (visible en su libro sobre el artiguismo de 1964 y en su *Historia rural...* publicada entre 1967 y 1978) a una mirada más amplia y abarcativa que, estudiando al batllismo y tratando de explicarse su derrota, terminará reconociendo y abordando la especificidad de los fenómenos políticos y culturales. Sobre este punto vuelvo más adelante al considerar la producción historiográfica acerca del batllismo y su incorporación por la izquierda.

apropiación de elementos de la tradición nacional, sino que además contribuía a la creación de un cierto misticismo reforzador de la identificación de la nueva fuerza. Llegando al extremo de este fenómeno, en el primer acto callejero masivo realizado el 26 de marzo de 1971 Liber Seregni cerró su discurso con un llamado hasta entonces insólito para buena parte de la izquierda: “¡Padre Artigas, guíanos!” fue el grito que cruzó aquella nocturna explanada municipal en una experiencia que bien podría calificarse de casi religiosa.<sup>15</sup>

En el relato histórico de la izquierda, luego de la derrota del artiguismo en 1820, habría sobrevenido un período signado por el antiartiguismo, un tramo oscuro del pasado nacional con el Frente Amplio no sólo no se identifica sino que reniega de él. El artiguismo había sido derrotado y de paso algunos de los futuros conductores de los bandos tradicionales aparecían implicados en esa derrota, especialmente Fructuoso Rivera que colaboró con los invasores y ocupantes primero portugueses y luego brasileños. La traición se habría prolongado luego, aunque en sentido figurado, cuando establecido el estado independiente a partir de 1828-1830, los primeros gobiernos encabezados por Fructuoso Rivera y Manuel Oribe pronto identificados con los bandos tradicionales, no sólo no retomaron el camino revolucionario del artiguismo sino que lo habrían renegado de él, en las ideas y en los actos de gobierno, fundamentalmente con respecto a la política de reparto de tierras ejecutada entre 1815 y 1816. En esta lectura histórica de la izquierda, así se clausuraba el período revolucionario quedando entonces pintado el artiguismo como un proyecto frustrado, o -mejor- inconcluso, esperando su valiente príncipe político que le despertara del letargo forzado.

Se trataba de una reconstrucción especialmente conveniente para la izquierda ya que ubicada un pasado revolucionario con el que la izquierda se autoidentificaba y al mismo tiempo dejaba mal parados a los entonces apenas insinuados bandos tradicionales con cuyos herederos el Frente Amplio pretendía lidiar. Para armar este “adecuado pasado” la izquierda había recogido los frutos de la investigación histórica de la época que le daban bases apropiadas por haberse orientado en esa

---

<sup>15</sup> Cierre del discurso pronunciado por Liber Seregni en la explanada municipal montevideana el 26 de marzo de 1971.

misma dirección. Podrían citarse muchos ejemplos de convergencia entre el discurso de la izquierda y la producción historiográfica sobre este punto.

Veamos uno acerca de esa connivencia de los fundadores de los bandos tradicionales con la traición y el abandono del artiguismo. En el capítulo final del volumen que clausura su obra mayor, los historiadores Lucía Sala, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre analizando el destino de los repartos de tierras artiguistas señalan: “El gobierno de Oribe en definitiva no transitó por caminos divergentes a los ya recorridos por su antecesor el General Rivera. Ambos por igual confirmaron una orientación que los trascendía y que venía de lejos: la herencia revolucionaria artiguista debía ser aniquilada ...”. El libro, publicado en 1972, termina con una acusación-exhortación que no requiere comentario acerca del argumento que vengo señalando: “La historia es la memoria de un pueblo. Y un pueblo debe apelar a la suya en cada encrucijada. Vuelta la mirada al pasado nos encontraremos con hombres entrañables y hasta ahora desconocidos ... sus hazañas de hombres pobres, sencillos, desvalidos y fieros, habrían de atravesar todos los amaños, injusticias y chicanas de la historia fabricada por una clase que mil veces traicionó la patria y a los hombres, no permitieron que su legado artiguista se perdiera ... Nadie. Nadie tiene fuerzas ni ganas de olvidarlo”. (De la Torre – Rodríguez – Sala 1972: 225, 258-259) <sup>16</sup>

Entre esta línea historiográfica y la reconstrucción histórica frenteamplista de la primera hora hay una fuerte sintonía. Decía Seregni por los mismos años “¿Por qué afirmamos nuestra índole artiguista? ... Con Artigas nació un pueblo unido, Artigas fue la primer unidad popular del Uruguay. Fue el primer Frente Amplio del Uruguay ... Hoy el país ... está arruinado porque sus enemigos, los mismos que combatió Artigas, se encaramaron en el poder y desde el poder arruinaron al país” (Wettstein 1984: 42-44). A diferencia de la obra de historia anteriormente citada, y esta no es una aclaración trivial, Seregni no ataca sino que rescata las figuras fundacionales de los partidos tradicionales (Rivera, Lavalleja, Oribe) como “tenientes de Artigas”. No es que falte la

---

<sup>16</sup> Esta hipótesis de una ruptura contrarrevolucionaria antiartiguista de la que los bandos (luego partidos) tradicionales habrían participado puede rastrearse también en otras obras históricas de la época como la de Carlos Machado (1972) o aún más recientes como el artículo de José Pedro Barrán (1986) que testimonia al mismo tiempo su continuidad luego de la dictadura.

acusación a blancos y colorados sino que esta se traslada a la segunda mitad del siglo XX cuando estos partidos habrían traicionado no sólo al artiguismo sino a sus propios fundadores decimonónicos. De cualquier forma, ambas lecturas, la historiográfica y la política coincidían en la identificación con un proyecto revolucionario frustrado, al que antes o después, blancos y colorados habrían traicionado.

## **7. Izquierda, batllismo y nacionalismo**

A pesar de ese *pecado original* imputado a los partidos tradicionales, luego la selectiva mirada histórica de la izquierda va a posarse sobre algunos elementos especialmente valorizados de las tradiciones blanca y colorada. En el caso del Partido Colorado, el batllismo y el neobatllismo, fundamentalmente el primero que bajo el liderazgo de José Batlle y Ordoñez había impulsado un reformismo centrado en la transformación económica y social. Y en el caso del Partido Nacional, su tradición revolucionaria en dos vertientes: la veta nacionalista americanista y la veta democrática que impulsó la purificación del sistema electoral y la consagración de garantías para las minorías.

La incorporación de la tradición blanca retomaba algunas notas derivadas de la renovación del Partido Socialista en los años cincuenta y sesenta que bajo el liderazgo de Vivián Trías (no por casualidad Profesor de Historia) abrió cause a un reposicionamiento respecto al pasado nacional, exhibiendo una particular afinidad hacia la tradición nacionalista blanca. Los socialistas se alejaban así de la impronta frugoniana que desplegara una franca distancia con esa tradición y una mayor sensibilidad, aunque de tono antitradicionalista, hacia el coloradismo en sus facetas modernizantes y reformistas. Tampoco debe dejar de considerarse como antecedente en este terreno, el recurso a la veta blanca nacionalista por parte del MLN expresada en la invocación frecuente a la figura y acción revolucionaria de Aparicio Saravia y el uso de alguna de sus consignas (“habrá patria para todos o para nadie”) y en la más concreta integración a su dirección de un José Mujica proveniente de las filas de la Lista 41 del Partido Nacional.<sup>17</sup>

---

A partir de estos antecedentes que el Frente Amplio retoma, se desarrolla una línea interpretativa de la historia nacional, que la izquierda utilizará para proclamarse a sí misma no sólo como la continuación histórica del artiguismo traicionado e inconcluso, sino también como síntesis y prolongación de las tradiciones nacionalista y batllista al tiempo que acusaba a los partidos tradicionales de haberlas traicionado. En una nueva confluencia e intercambio entre izquierda política e historiadores, se va a profundizar una aproximación a la historia uruguaya, que toma del Partido Colorado: la tradición del reformismo económico y social del batllismo, el estatismo, el progresismo, la identificación con los sectores populares; y del Partido Nacional: el reformismo político, la purificación del sistema electoral, las garantías para las minorías, el perfeccionamiento de la democracia política por un lado, y la tradición propiamente nacionalista (antimperialista) por otro.

Esta relectura del pasado y nueva forma de relacionarse con las tradiciones blanca y colorada iniciada en los sesenta y potenciada con el frenteamplismo quedó bloqueada en 1973 para la izquierda política. Sin embargo, durante la dictadura y aún después, la producción historiográfica uruguaya dio un salto notable en el conocimiento de las primeras décadas del siglo veinte y resultando una confirmación de aquella interpretación. La izquierda restaurada en 1984 retomará la innovación bloqueada en 1973 contando para ello con una base historiográfica ampliada, renovada pero confirmatoria de la línea trazada. A lo largo de diez años, entre 1979 y 1987 (entre la dictadura y la democracia) los ya no tan jóvenes ni mucho menos desconocidos José Pedro Barrán y Benjamín Nahum fueron dando a conocer los resultados de su investigación sobre el primer batllismo a través de la impresionante serie titulada *Batlle, los estancieros y el Imperio británico* (8 tomos publicados por Ediciones de la Banda Oriental).

---

<sup>17</sup> El hoy senador frenteamplista antes que tupamaro fue secretario de por Enrique Erro, cuando este fuera ministro herrerista en tiempos en que los blancos eran gobierno.

A mi juicio, Barrán y Nahum abordaron el estudio e interpretación del batllismo basándose en los mismos cuatro pilares mencionados anteriormente para el caso de los estudios sobre el artiguismo de los años sesenta y primeros setenta: el carácter transformador (revolucionario en un caso, reformista en otro); el fundamento económico y social del proceso; el papel de los sujetos colectivos (clases sociales, masas populares) y la inclinación “popular” del movimiento; la frustración de las intenciones declaradas (*el freno del impulso* según expresión acuñada por Carlos Real de Azúa 1964 y adoptada por Barrán y Nahum). A ello agregaron dos innovaciones fundamentales respecto a la producción historiográfica anterior (incluida su propia obra), que abrirían caminos nuevos dentro de la disciplina histórica: una mirada mucho más atenta a la especificidad y aún la centralidad de los fenómenos políticos y una incorporación de la temática cultural, completando de esa forma una aproximación al pasado mucho más amplia aunque lo económico-social siguiera jugando como fundamento último o por lo menos preponderante del proceso histórico.<sup>18</sup>

En 1916 el reformismo batllista llegaba a su fin y se iniciaba una peculiar experiencia que combinó el conservadurismo económico-social y la democratización política, mixtura definitoria de los años veinte a la que Barrán y Nahum aplicaron la denominación (tomada de la historiografía argentina donde tenía un sentido distinto) de *república conservadora*. Completando este recorrido, Gerardo Caetano (1992-1993)<sup>19</sup> avanzó por la misma senda indagando en profundidad los años

<sup>18</sup> El primer tomo de la serie titulado *El Uruguay del novecientos* (publicada en 1979) es un vastísimo muestrario de esta amplitud innovadora que Barrán y Nahum introdujeron en el oficio de los historiadores uruguayos. En particular interesa señalar que cuando en el tomo final titulado *La derrota del batllismo, 1916* (publicado en 1987), se propusieron explicar la derrota electoral del batllismo en 1916, la cuestión democrática e institucional se volvió central en su análisis. Así con esta segunda serie se continuaba un recorrido que, partiendo en 1964 desde una visión historiográfica centrada en el fundamento económico social de los procesos sociales (presente en su obra sobre el artiguismo de 1964 y en su vasto estudio sobre la modernización rural publicado entre 1967 y 1978) llegaba entre 1979 y 1987 a una concepción en que los procesos históricos son abordados con una mirada multifacética que incorpora lo político y lo cultural, reconociéndoles especificidad y volviéndolos incluso centrales para ciertos periodos y problemas.

<sup>19</sup> La obra de Caetano publicada en dos tomos aparecidos en 1992 y 1993 desarrolló ampliamente la noción de *república conservadora* utilizada para caracterizar el trayecto posterior al *alto de Viera* de 1916. En verdad, se trataba de la actualización y ampliación de una investigación anterior cuyos resultados habían tenido una restringida difusión a través algunos *avances de investigación* publicados por el CLAEH en 1983 y 1985 cuando la investigación y publicación de los ocho tomos de la serie Barrán y Nahum estaba en proceso. En aquellos avances aunque no se utilizaba la denominación *república conservadora*, se abundaba en el signo antirreformista de aquella época. La categoría “república conservadora” aplicada a la historia uruguaya por Barrán y Nahum y desarrollada por Caetano alude precisamente a una

veinte, en una línea interpretativa similar a la descrita, aunque decididamente más volcada al análisis de los fenómenos políticos, también obsesionada en la búsqueda de las razones por las que el reformismo batllista se había bloqueado: “Tal vez, la sociedad uruguaya y las modalidades de desempeño de sus actores, los rasgos de la cultura política y la fuerte matriz liberal que ya por entonces caracterizaba al sistema político en su conjunto, no ambientaban en 1916 otro tipo de desenlace ...”. (Caetano 1992-1993: I, 13)

Con este recorrido historiográfico se consolidó una visión del batllismo como movimiento político reformista que había desplegado un nuevo proyecto de transformación económica y social del Uruguay: “El elenco político que gobernó el país entre 1903 y 1915, dominado por la personalidad de José Batlle y Ordóñez, cuestionó el orden económico y social del Uruguay del novecientos ... Fue ese elenco político del novecientos el protagonista de lo que ... denominaremos reformismo, es decir, la tendencia a promover el cambio más o menos radical de los modelos económico, sociales y mentales dominantes, sin recurrir a la violencia”. (Barrán y Nahum 1979-1987: II, 13)

El reformismo batllista se había propuesto la transformación económica y social del Uruguay con una sensibilidad especial por los sectores populares, pero si bien había contado para aplicar parte de sus planes con el control del estado, se había visto bloqueado, una vez más, frustrado por la acción del imperialismo de afuera y los conservadores de adentro: “El reformismo primero había sufrido el freno imperial en 1911, luego el freno financiero en 1913-14, y ahora, el freno político ... Así, a la república reformista sucedió la república conservadora. En este sentido, 1916 fue el fin del sueño radical y el despertar a una realidad dominada por la condición dependiente ... por el poder de jaque mayor que el esperado de las clases altas ...”. (Barrán y Nahum 1979-1987: VII-125)

---

cierta forma de relación, diría yo inversamente proporcional, entre el reformismo político y el reformismo económico-social que se consagró en el Uruguay de los años veinte del siglo pasado.

Luego de la dictadura, la izquierda haría la traducción política de este avance historiográfico. En este intento de transformación frenada, encontrará un segundo cabo suelto para rescatar del pasado nacional, más cercano y reconocible que el primero. Desde el punto de vista de la reconstrucción del pasado, de la lectura de la historia nacional y de su incorporación a la propia identidad política, el batllismo fue incorporado por la izquierda de los ochenta y noventa, como lo fuera el artiguismo en la década del sesenta y primeros años de los setenta.

A partir de la reaparición pública del Frente Amplio en 1984, la apropiación de parte de las tradiciones blanca y colorada para construir una identidad propiamente frenteamplista, se proyecta retomando el impulso tradicionalista desarrollado entre 1971 y 1973. ¿Cuáles eran las figuras blancas y coloradas que ya desde entonces la izquierda comenzó a destacar e identificarse en su nueva relación con la historia nacional? Entre los colorados, ni Fructuoso Rivera, ni Venancio Flores, ni Julio Herrera y Obes, sino la figura, la prédica y la obra de José Batlle y Ordoñez. Entre los blancos, Manuel Oribe quedó integrado junto a Rivera en la lista de acusados del delito de artiguismo. En cambio, distinta fue la consideración dada a Juan Antonio Lavalleja y la Cruzada Libertadora de 1825 que liderara, una gesta en la que se “levantaron las mismas banderas que Artigas” probando “una fidelidad al artiguismo que no supo durar” (Machado 1985: I, 108-110)<sup>20</sup>. Lo mismo sucede con Aparicio Saravia, rescatado como luchador revolucionario “con un programa democrático de garantías” (Machado 1985: II, 184). Véase entonces hasta qué punto de lo que se trata es de una reconstrucción histórica deliberadamente selectiva, que se introduce en las tradiciones partidarias ajenas, tomando ciertos elementos y desechando otros (en este caso nada menos que a Rivera y Oribe, *padres fundadores* de los partidos tradicionales).

---

<sup>20</sup> El 25 de agosto, fecha de la cruzada libertadora liderada por Lavalleja, será simbólicamente una de las elegidas por el Frente Amplio para la realización de sus actos públicos.

## 8. El Frente Amplio y la síntesis de “las mejores tradiciones”

La innovación que para la izquierda uruguaya representa el tratamiento frenteamplista de la tradición y la historia uruguaya, constituye una operación política adecuada a los efectos de la presentación y la convocatoria ciudadana. Veamos como funciona esa adecuada relación construida entre historia y política. El Frente Amplio remite sus raíces históricas al artiguismo, identificándose especialmente con su propuesta socio-económica aunque también con sus formulaciones políticas de corte republicano y democrático. El artiguismo aparecía como una instancia prepartidaria, donde resaltar virtudes no significaba reconocer méritos blancos y colorados. Luego el postartiguismo desde 1820 presentado como período oscuro de la historia nacional, con la excepción del la cruzada lavallejista, marcado por la traición al artiguismo con la que se relaciona a los futuros fundadores de los bandos tradicionales.

Entonces el Frente Amplio quedaba en condiciones de presentarse a sí mismo como el redentor histórico de aquella epopeya artiguista traicionada por blancos y colorados. Sin duda, una conveniente reconstrucción histórica. Véanse al respecto estas palabras de Seregni pronunciadas entre 1971 y 1973: “Hemos tenido una verdadera obsesión con nuestra continuidad nacional. Hemos nacido afirmando esa continuidad. Desde nuestra bandera frenteamplista, desde nuestra base artiguista, señalando que proseguimos a Artigas en sus grandes tareas, pues son todavía taras incumplidas.” (Wettstein 1984: 39-40)

Esa reconstrucción no se limita al origen artiguista. Se prolonga en una lectura también funcional del itinerario posterior cuyo resultado es también funcional a la presentación del Frente Amplio como continuador de “las mejores tradiciones”<sup>21</sup>. Al reconocerse en la gesta revolucionaria de Saravia y en la obra de José Batlle y Ordóñez, la izquierda completa una lectura de la historia uruguaya que no sólo le permite reclamarse como continuación histórica del artiguismo traicionado y derrotado, sino también de las “mejores tradiciones” de blancos y

---

<sup>21</sup> La obra de Carlos Machado *Historia de los orientales* publicada en 1972 constituye un amplio muestrario del conjunto de tradiciones y elementos del pasado nacional que a esa altura habían entrado en el dispositivo histórico al uso de la izquierda (Machado 1985).

coloradós abandonadas por sus herederos (acusados por la izquierda de haber traicionado su propio pasado). Al final de este recorrido el Frente Amplio se promociona como una síntesis todos estos elementos frustrados, inconclusos, rescatados del pasado nacional, y los proyecta hacia el futuro a través de un programa de cambios que se pretende continuador de los mismos.

Antes de la dictadura militar poco tiempo tuvo la izquierda para ensayar y proyectar esta adecuada reconstrucción. Con la vuelta a la democracia, fue retomada y ampliada especialmente en lo que tiene que ver con la incorporación de las tradiciones blanca y colorada, sobre todo la última. Ello tiene mucho que ver con el antes mencionado avance de la producción historiográfica acerca del batllismo durante y después de la dictadura, cuya traducción política llevó adelante la izquierda desde que volvió a la arena política. Tanto Liber Seregni, que retomó con ello uno de los sesgos en los que más había insistido en la fase anterior de su liderazgo, como su sucesor continuaron en esa línea. Tabaré Vázquez ha sido aún más amplio en la invocación y uso de las tradiciones y figuras ajenas que se van incorporando como propias: "También los partidos tradicionales han tenido pensadores como José Batlle y Ordoñez, como el propio Herrera, con muchas de sus concepciones nacionalistas muy válidas. Ellos sirven para poder tomar referencias y diseñar un cuerpo doctrinario de expresión de modelos alternativos a los problemas del mundo" (Wettstein 1993: I, 61). Vázquez reivindica en esos términos la figura de Luis Alberto de Herrera, un personaje otrora muy difícil de invocar para la izquierda. También invoca reiteradamente la figura de José Batlle y Ordoñez, a la que ha agregado la de Luis Batlle Berres, lo que constituye una novedad que merece una consideración específica.

Dentro de la aproximación a la tradición colorada, la valoración de la figura de José Batlle y Ordoñez por parte de la izquierda se asocia a la identificación con el reformismo batllista de principios de siglo, punto sobre el que detuve líneas antes. A esto hay que agregar que últimamente se han comenzado a escuchar invocaciones a la figura de Luis Batlle Berres y el período neobatllista. La frase "somos un pequeño gran país" que Tabaré Vázquez usó frecuentemente en la publicidad electoral de 1999 está tomada textualmente del primer editorial del diario "Acción" y fue

escrita por Luis Batlle. Esta indicio <sup>22</sup> se ubica dentro de una novedosa referencia al “país neobatllista” por parte del Frente Amplio. Podríamos preguntarnos si asistimos a una “neobatllisización” de la izquierda que se agrega a las anteriores incorporaciones de tradiciones políticas nacionales y partidarias. En ese caso la izquierda se habría adelantado a la producción historiográfica aún escasa sobre el período.

Se trata de un fenómeno especialmente importante que no desarrollaré aquí, pero que merecería una consideración especial. Si bien en la época la izquierda tuvo una problemática relación con el batllismo luisista, ciertas características esenciales del modelo neobatllista (el industrialismo, el empresismo estatal, la regulación económica, la expansión de los servicios sociales estatales, la regulación institucionalizada de las relaciones laborales, entre otros) podrían volverlo un adecuado espejo histórico para la izquierda actual. Ello es al mismo tiempo problemático tanto por el equilibrio de la veta blanca que la izquierda cultiva simultáneamente, como por ciertas peculiaridades económico-sociales de esta época que vuelven inapropiadas las imágenes regulacionistas y estatistas que emanan del neobatllismo. Relación complicada entonces que está en proceso y cuya evolución habrá que observar. Testimonio en todo caso de que la tradicionalización del Frente Amplio está en obra.

## **9. El pasado propio, el pasado reciente: la forja de la tercera divisa <sup>23</sup>**

Finalmente, todos estos elementos se integraron con el pasado y las tradiciones propias de la izquierda. Esta tiene dos componentes. Uno, que no estudio aquí, es la “vieja” tradición de la izquierda social y política que integra el pasado del sindicalismo con el de las diversas corrientes fundacionales de la izquierda política (anarquismo, socialismo, comunismo, social-cristianismo). El otro está más acotado en el tiempo y es relativamente reciente, pero sin embargo su peso ha sido

<sup>22</sup> Cuyo señalamiento debo a José Rilla.

<sup>23</sup> Las ideas desarrolladas en este apartado fueron expuestas anteriormente en la ponencia que, con el título “La izquierda uruguaya y el pasado reciente. Fundando la tercera divisa”, presenté en el Seminario *Uruguay y su pasado reciente. Las memorias en disputa* (panel 5 “Las luchas por el pasado: actores y representaciones”) organizado por el Instituto Universitario ClaeH, Montevideo 16 al 18 de noviembre de 2000

decisivo para la articulación y reforzamiento de la tradición frenteamplista. Se trata de la experiencia del período pachequista (1968-1973) y de la época de persecución dictatorial (1973-1984). Sobre estas miradas al pasado más reciente (entre 1968 y 1984) y su lugar en la tradición y en la identidad frenteamplista me concentro en las líneas que siguen.

Estas dos experiencias (pachequismo y dictadura) dieron lugar a una epopeya, de tono fuertemente épico<sup>24</sup> y heroico, de enfrentamiento al poder tiránico, con una larga lista de mártires que configuraron para el Frente Amplio una tradición propia del tipo de aquellas que habían acuñado en el siglo XIX los partidos tradicionales. Ha dicho en este sentido Alberto Methol Ferré (1994) que el Frente Amplio es hoy el único partido que ostenta el perfil de una divisa, entendida en el sentido de un universo de simbólico que remite a una "comunidad de sangre", a una experiencia de muerte y violencia política. Todo esto generó una especial mística frenteamplista, un componente emotivo y simbólico que cuando es convocado agrega cohesión a la fuerza política, reforzando el sentimiento de pertenencia y de unidad por sobre la diversidad<sup>25</sup>. La resistencia a la dictadura y el costo humano pagado por la izquierda perseguida fueron incorporados como un capital político propio que agregado a los componentes antes señalados provenientes del pasado nacional y de las tradiciones partidarias ajenas, terminó de conformar una tradición frenteamplista reforzada por la mayor cercanía de los sucesos pasados que invocaba.

### ***9.1 Enfrentando al pachequismo (1968-1973)***

En los años de la transición y consolidación democrática (especialmente entre 1983 y 1989) las miradas de la izquierda hacia el pasado se concentraban en dos momentos cercanos. Uno de

<sup>24</sup> La emergencia de una "épica frenteamplista" ha sido señalada e ilustrada por Enrique Rubio (1997).

<sup>25</sup> Este tema de la identidad, la emotividad y la simbología y su relación con la adhesión política a la izquierda que dejo aquí apenas apuntado puede ser objeto de una exploración mucho más profunda. Las emociones se refieren a sucesos, hechos, que se concretan en el recuerdo, que toman cuerpo, en ciertas figuras y elementos, que tienen a su vez valor de símbolos, objetos en sentido amplio que simbolizan cosas, que portan significados. El universo de objetos y prácticas de carácter simbólico y a veces ritual de la izquierda es amplio: canciones, formas de vestir y posar, palabras clave ("compañero"), la bandera de Otorgués que remite a cierto lugar del pasado simbolizando una conexión con la revolución artiguista, etc.

ellos era el pasado inmediato, el período dictatorial (1973-1984), por entonces contemporáneo, zona cronológica de límites difusos con la contemporaneidad, donde el pasado recordado y el presente del narrador se mezclan por cuanto hace bien poco que este ha sido parte de aquel o aún lo es. El otro momento, la coyuntura 1968-1973, en el que me concentraré primero para luego detenerme en las miradas al período dictatorial, era un período muy concreto, corto y relativamente reciente, especialmente relevante para el ajuste de cuentas de la izquierda con su propio pasado. En aquellos años fue este un período frecuentemente visitado y revisado, objeto de buena parte de los debates de la izquierda política y social. La mirada, que era básicamente una búsqueda y no simple contemplación, llevaba implícito un fuerte tono e intención de "balance". El ejercicio se repetía en todos los ámbitos: el PIT-CNT discutía su "balance", el MLN procesaba su "autocrítica", el PC discutía sobre la (in)conveniencia de ambos.

Que la mirada al pasado se concretara en esa precisa coyuntura y que la impregnara el tono de balance se explica por motivos que los propios promotores de las evaluaciones y autocríticas expusieron. Se sostenía que la izquierda había sido derrotada y debía reconocer las causas de aquella derrota, los errores que no debían volver a cometerse.

Lo que rodeó a esta discusión de ribetes tan polémicos fue el hecho de que la identificación de causas y errores era difícilmente discernible del señalamiento de responsabilidades e individualización de culpabilidades. Este no era un temor hipotético de quienes no creían en la conveniencia de tal autocrítica sino que era una intención explícita de quienes la reclamaban. Al respecto Hugo Cores (PVP), discutiendo hace algunos años sobre este tema con Esteban Valenti (todavía dirigente del PCU), decía lo siguiente: "No enfrentar el análisis del pasado es un atajo practicista ... si nuestro objetivo actual es el mismo de ayer ... y nos va a costar mucho tiempo volver a crear una situación en términos de acumulación de fuerzas del tipo de la se creó entre 1968 y 1973 ... si entre el 68 y el 73 ninguna organización se equivocó ¿de quién es la responsabilidad de la derrota? ¿Acaso de las masas populares o de la gente?... " (Harnecker 1991: II-9 y III-37). Por ello, cuando a la salida de la dictadura se planteó el tema del balance del período 1968-1973, en la interna de la izquierda y del sindicalismo generó distintos posicionamientos ya que, si el balance

derivaba en señalar culpabilidades y errores, no todos estaban dispuestos a sumergirse en esa discusión ni la creían conveniente.

Una recuperación y examen detenido de los documentos de balance del período 1968-1973 que circularon en la izquierda política y en el movimiento sindical y estudiantil entre 1984 y 1989 seguramente arrojaría mucha luz sobre el traumático proceso de asimilación de su historia inmediata por parte de la izquierda uruguaya. A cuenta de un estudio más exhaustivo, que requiere del contacto directo con una muestra representativa –de la que no dispongo en este momento- de esa documentación, se pueden hacer apreciaciones generales y provisionarias basadas en algunos testimonios y documentos. Las posiciones variaron del hipercriticismo tupamaro a la reticencia comunista. El MLN, tal vez porque en su caso la derrota había sido una realidad militar que no dejaba margen para relativizaciones de ningún tipo, concentró buena parte de su energía en procesar una "autocrítica". El frustrante resultado final –si se le juzga según sus propias intenciones- de tal ejercicio introspectivo fue no haber podido llegar a una síntesis aceptable de una sorprendente diversidad de opiniones internas. Según testimoniara el dirigente tupamaro Eleuterio Fernández Huidobro “Cuando el MLN se abocó a hacer esa autocrítica en forma organizada después del 85, con la presencia de todos los sectores que tuvieron que ver con el MLN ... hubo 43 propuestas articuladas de autocrítica que hasta ahora [1991] no han podido ser sintetizadas ... están debidamente archivadas y guardaditas ahí para que algún historiador algún día se aboque a hacer esa labor de síntesis y analice este período concreto ...” (Hamecker 1991: II-5). Hasta ahora, que yo sepa, ningún colega ha aceptado esta invitación.<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Eleuterio Fernández Huidobro ha sido un prolífico memorialista de la historia de los tupamaros y sus testimonios son una fuente profusa para seguir indagando este tema. En particular su “Historia de los tupamaros” publicada en tres tomos entre 1986 y 1987 es una buena base testimonial para el estudio del MLN hasta 1968 (lamentablemente el autor se autocensura y no va más allá). Por su parte, Jorge Zabalza (1995), otro dirigente “histórico” del MLN publicó un testimonio titulado “El tejazó...”, que si bien está centrado en un episodio concreto de la historia de los tupamaros, constituye un testimonio no sólo de la historia del MLN sino también de una forma de reconstruir el pasado nacional más reciente (“... quisiera que *El Tejazó* ... contribuya en algo a la comprensión del período 1968/1973...”, pág. 197). Hay en estos testimonios y en los documentos mencionados por Fernández Huidobro una amplísima base para profundizar el estudio de este tema en lo que al MLN concierne. Aquí apenas lo esbozo trazando algunas posibilidades.

En el caso del PC, no he encontrado evidencia de que haya procesado algún tipo de balance autocrítico del período previo al golpe, pero hay aquí una tarea de relevamiento e investigación pendiente que deberá someter esta primaria constatación a la documentación partidaria y los testimonios de protagonistas. Mientras tanto hay indicios que permiten avanzar con precaución algunas ideas provisorias. Si no es posible detectar ni descartar una discusión interna, sí se puede señalar que los comunistas creyeron inconveniente el planteamiento abierto de ese balance en la izquierda, por inconducente y por distractivo respecto a las prioridades y tareas del momento<sup>27</sup>.

Así se planteó explícitamente. En la discusión antes citada, Esteban Valenti señalaba lo siguiente: “... hemos pasado al período de la crítica total ... la autocrítica se ha transformado en un fetiche, en un talismán: sirve para exorcisar todos los errores, todas las tragedias, incluso, a veces, para ocultar la incapacidad de tener una respuesta renovadora para los procesos que se dan en la sociedad, en la propia izquierda y en el propio partido. Y eso ocupa un espacio muy grande ... como estado de ánimo mío y de la izquierda uruguaya mayoritariamente, hoy la atención fundamental está puesta en qué respuesta le damos a la perspectiva de futuro ... Para mí la autocrítica no es sólo el reconocimiento del error, incluye también el análisis de la causa. Pero a estas alturas, no me entusiasma, no me convoca, no despierta mi interés un análisis del pasado ... es más fácil para nosotros discutir el pasado. Lo que nos falta ... es .... ver qué respuestas tenemos en perspectiva sobre el programa, el modelo, el proyecto, la táctica. De eso es de lo que está huérfana la izquierda ... En un país que tiene una carencia de expectativas impresionantes no creo que sea positivo contribuir a agregarle más frustración, más tragedia ...”. (Harnecker 1991: II - 10 a 12)

---

<sup>27</sup> Mis amigos comunistas y excomunistas, podrán confirmar o no si se sienten representados en esta afirmación. Aunque entre el testimonio y el relato histórico media la contrastación con otros documentos y la crítica del investigador, cuando se trabaja con el pasado reciente la memoria y el testimonio de los protagonistas se vuelven fuentes imprescindibles. El relato y la interpretación del historiador puede coincidir o no con la percepción que de la misma realidad hayan tenido o tengan sus protagonistas. Si hay disidencia el investigador tendrá un motivo más para sospechar de sus hipótesis y reconfirmarlas. El caso concreto que da lugar a esta nota requiere una indagatoria específica para la que los testimonios escritos y la historia oral son una base documental de gran potencial. Además del de Esteban Valenti que aquí cito, están publicados algunos otros testimonios en forma de “memorias” de dirigentes comunistas que analizan el período (Enrique Rodríguez 1979, Jaime Pérez 1996 y Vladimir Turiansky 1997). Mi afirmación deberá ser contrastada con estos y con nuevos testimonios. De cualquier forma deberá diferenciarse el que hayan testimonios que dan cuenta de un balance del período, autocrítico o no, a título personal, del hecho de que el Partido Comunista como tal, orgánicamente haya procesado tal balance.

Seguramente estaba pesando es esa posición, el hecho de ser el PC el blanco de la mayoría de las críticas provenientes desde otros grupos de la izquierda. En el marco del debate sobre la autocrítica, la táctica política y sindical seguida por los comunistas en la coyuntura 1968-73, fue objeto de los más fuertes cuestionamientos de parte de casi todo el resto de la izquierda que la caracterizaba cuando menos como "reformista". término que hoy no causa ningún sobresalto, pero que en los años ochenta (rememorando los sesenta) era una molesta acusación en el mundo de la izquierda. Se trataba de la continuación de un debate no saldado, de una polémica muy fuerte que ya había enfrentado a los comunistas con el resto de la izquierda antes de la dictadura. A la hora de señalar culpas y errores, los comunistas se llevaban la mayoría de los palos, y el PC respondió a ello poniéndose a la defensiva, mostrándose reticente a los balances y desconfiado de las autocríticas reclamadas por otros.

En el ámbito sindical el "balance" encontró el cauce orgánico que no tuvo a nivel político en el Frente Amplio. Su procesamiento se volvió crítico siendo uno de los temas álgidos del Tercer Congreso del PIT-CNT reunido en 1985 que casi culmina en la ruptura de la unidad del sindicalismo. Dos eran los puntos de ese balance sindical que generaron mayor polémica: la táctica aplicada por la CNT frente al pachequismo entre 1968 y 1971, y la conducción de la huelga general de junio-julio de 1973. En ambos puntos la discusión apuntaba directamente a problemas de dirección del movimiento sindical. En concreto se evaluaban los aciertos o errores de la conducción comunista mayoritaria de la CNT en aquellos años. Se retomaba en el primer punto el debate ya iniciado en el 1er. y 2o. congresos de la CNT realizados en 1969 y 1971. Una reedición, bastante deslucida por cierto, de aquella brillante polémica sindical que ganara el ámbito público a través de las notas de Héctor Rodríguez y Mario Acosta en "Marcha" y "El Popular" entre 1969 y 1971<sup>28</sup>.

El segundo punto, referido al balance de la huelga general de 1973, retomaba una discusión iniciada en el transcurso mismo de la huelga que enfrentara a la conducción mayoritaria comunista de la CNT con los componentes del variado universo de la "tendencia combativa" (heterogénea

---

<sup>28</sup> Esta polémica periodística, así como los documentos en torno a los que se debatió en el primer y segundo congresos de la CNT, fue recopilada y publicada en 1985 por el Centro Uruguay Independiente bajo el título "Lucha y polémica sindical 1968-1973" (4 volúmenes).

coordinación de dirigentes y militantes sindicales críticos de la conducción sindical comunista) cruzando acusaciones acerca del cumplimiento de las resoluciones previas que el sindicalismo tenía para el caso de golpe de estado y de su efecto sobre la (in)efectividad de la medida que al cabo de quince días debió ser levantada sin lograr el efecto buscado. Un tercer punto polémico incluido en ese “balance” se refería al impacto de las acciones armadas del MLN en abril de 1972 sobre la situación política que derivó en el golpe de estado. Aquí el acusado era otro y el tema generó alineamientos distintos.<sup>29</sup>

En el balance del período 1968-1973 hay otro elemento que, a diferencia de los anteriores, contaba con una coincidencia autocrítica generalizada: la identificación de la ausencia de una coordinación que actuara como conducción política centralizada del “movimiento popular”, unificando sus diferentes expresiones (sindical, estudiantil, política, parlamentaria, guerrillera) en una misma dirección, como una de las causas fundamentales de la incapacidad para poner freno al pachequismo, a las políticas económicas que impuso y a la escalada autoritaria que terminó en el golpe. Esta incapacidad de la izquierda social y política para articular todas sus expresiones aparece señalada como una de las causas de la derrota del 73 en la medida en que habría debilitado la respuesta popular, al dispersar sus recursos, desaprovechando así la oportunidad de concentrar toda su potencialidad hacia objetivos comunes.

En la serie de entrevistas colectivas que la periodista chilena Marta Harnecker realizara a varios dirigentes frenteamplistas en 1991, hay abundantes evidencias sobre esta opinión compartida (Harnecker 1991)<sup>30</sup>. Entre ellas la siguiente afirmación de Enrique Rubio va aún más lejos cuando afirma: “... en relación a la dispersión táctica creo que incluso nos bloqueó alternativas revolucionarias o por lo menos condiciones prerrevolucionarias ... hubo un momento acá donde

<sup>29</sup> Los documentos que en 1985 pautaron el debate interno del movimiento sindical en torno al balance, incluyendo los tres puntos señalados (táctica 68-71, huelga general 73, acciones MLN 72) pueden estudiarse a través de los documentos publicados en 1986 por el Centro Uruguay Independiente bajo el título “El Tercer Congreso” (2 volúmenes). En otra publicación del CUI (1985) bajo el título “Documentos de la huelga general (1973)” se recopilaron documentos de diversos sindicatos difundidos en el transcurso de la huelga en los cuales se delinear los ejes de la polémica que se retomarian doce años después.

<sup>30</sup> En el volumen 2 de esta serie de 4, donde se discute específicamente sobre el período 1968-1973 hay varias intervenciones de Esteban Valenti, Hugo Cores, Eleuterio Fernández Huidobro y Héctor Rodríguez en que concuerdan con esa visión.

coexistieron el fenómeno guerrillero, los fenómenos sindicales, las corrientes militares enfrentadas y la emergencia del fenómeno político; pero no hubo una unidad de acción y nos liquidaron por separado” (Harnecker 1991: III-34). De acuerdo a esta hipótesis el golpe podría haberse evitado, o por lo menos las condiciones que lo ambientaron, de no haberse desaprovechado las posibilidades que hubiera abierto la coordinación de todas las vertientes de la izquierda política y social. Esa omisión de la izquierda habría sido su mayor culpa. La aceptación que esta hipótesis parece haber encontrado podría deberse a que al plantear una responsabilidad colectiva de la derrota no individualizaba culpabilidades atribuibles a algún sector de la izquierda en particular.

### ***9.2 Represión y resistencia en dictadura (1973-1984)***

La etapa de resistencia a la dictadura, desde el levantamiento de la huelga general en 1973 hasta la reaparición pública de la izquierda en 1983-84, es el otro período que resultó ser objeto frecuente de las miradas hacia el pasado (en este caso aún más reciente). Se trata del tramo más significativo en la historia de la izquierda uruguaya, signado por la persecución, por la prisión, el exilio y la clandestinidad, por la tortura y la muerte. En este caso no hay polémicas, ni balances autocríticos, más allá de discusiones puntuales sobre acontecimientos producidos al interior de las cárceles y en el exilio. Lo que prima en este caso es la mirada épica, heroica, constituyente de una mística que, a la vez que tonificante de la identidad frenteamplista, se volvió carta de presentación democrática del Frente Amplio a la salida de la dictadura.

En la reconstrucción de este pasado inmediato, cuyo recuerdo tiene la intensidad propia de la contemporaneidad, el Frente Amplio se ubica a sí mismo como una contingente de lucha contra el poder autoritario, que ha sufrido y pagado por ello el enorme costo humano que supusieron la persecución, la violencia, la muerte, la tortura, el exilio, la cárcel, el secuestro y la desaparición de adultos y niños. Esta experiencia que no sólo se mantiene en el recuerdo de propio del suceso vivido recientemente sino que se refuerza al ser deliberadamente traído al presente, se vuelve un elemento religante muy importante, que mueve elementos emotivos que fortalecen en los miembros y

adherentes del Frente Amplio el sentimiento de pertenencia. Estos elementos no tienen que ver con factores ideológicos, ni programáticos ni organizativos, sino que son puramente afectivos.

De esta forma, a lo largo del período transcurrido desde 1984, la identidad frenteamplista se ha visto fortalecida con este agregado de una mística y una épica frentistas alimentadas por la mirada al pasado más inmediato que actualiza la memoria de los tiempos oscuros. De alguna manera, la dolorosa experiencia de enfrentamiento al pachequismo y más aún a la dictadura con su sangrienta secuela de muertos, desaparecidos y torturados, vienen a ocupar en la mística y la emotividad de los militantes y simpatizantes frenteamplistas un lugar similar al que ocuparon en el pasado hechos anclados en las historias y las tradiciones de los partidos nacional y colorado. La larga historia de enfrentamientos armados entre blancos y colorados a lo largo del siglo XIX, con su secuela también de muerte, violencia, y sufrimiento, generó en ambos partidos un tipo de adhesión sentimental, referida a hechos de sangre, un componente épico, muy similar al lugar que ocupa el enfrentamiento a la dictadura para los militantes y simpatizantes del Frente Amplio. Puede decirse en este sentido que la dictadura militar es hoy al Frente Amplio lo que la “hecatombe de Quinteros” y el “sitio de Paysandú” fueron en el pasado para colorados y blancos respectivamente.<sup>31</sup>

Este es un elemento relevante en relación al estudio de las adhesiones políticas de los ciudadanos hacia los partidos, que requiere un estudio específico. Aquí no pretendo avanzar en él, sino señalar que en el caso del Frente Amplio, constituye una novedad propia del período que se abre en 1984. Ampliando la mirada al conjunto del sistema de partidos, se puede ir un poco más lejos en la observación del fenómeno, y señalar el hecho de que el recurso a este componente épico, místico, emotivo, se ha vuelto más fuerte en el Frente Amplio que en los propios partidos tradicionales.

---

<sup>31</sup> Comparto plenamente la idea planteada algunos años atrás por Alberto Methol Ferré en un reportaje concedido a Cuadernos de Marcha cuando se refirió a las divisas tradicionales como “comunidades de sangre” señalando que en ese sentido, la frenteamplista es, estrictamente hablando, la única divisa reconocible en la política uruguaya contemporánea (Methol Ferré 1994).

En su caso ya están muy lejos en el tiempo aquellos sucesos que jugaron ese rol, los mismos han perdido frescura y vitalidad, quedando en la zona del olvido cada vez más lejos del alcance de la memoria. Pero también posiblemente opere una voluntad política en esa dirección, ya que la lejanía no tiene por qué tener un efecto automático de olvido si media la deliberada alimentación de la memoria, esencial para la construcción y mantención de tradiciones políticas. La situación del Frente Amplio es la contraria en ambos aspectos. Por un lado, el recuerdo de ese pasado sufrido está fresco, es reciente y contemporáneo. Muchas víctimas de la represión aún viven y dan testimonio de la persecución y la resistencia. Por otro lado, la dirigencia frenteamplista recurre a estos elementos como factores coaligantes del frenteamplismo. Aquello que fue esencial para la convocatoria y las adhesiones de los partidos tradicionales hoy juega en estos un papel menor (no desaparece), y se fortalece en la izquierda que en el pasado criticara ese rasgo característico de las convocatorias ciudadanas y las formas de adhesión política características de blancos y colorados.<sup>32</sup>

Estos eran los temas que en los ochenta, entre la salida de la dictadura y los primeros años de la redemocratización, concitaban la atención de las miradas de la izquierda hacia el pasado reciente. En los noventa, el polémico e imposible balance autocrítico del período previo al golpe desapareció convenientemente del debate y las preocupaciones de la izquierda. La rememoración del período dictatorial subsistió y, con sus ribetes místicos y épicos, se constituyó en el componente central de la tradición propiamente frenteamplista<sup>33</sup>.

---

<sup>32</sup> Esta es indudablemente otra faceta de la destradicionalización de los partidos nacional y colorado, que Caetano y Rilla (1994) y más específicamente Rilla (1999) han señalado.

<sup>33</sup> En los noventa, al tiempo que el balance del período 68-73 salía del debate de la izquierda sobre el pasado reciente, se incorporó otro período aún más reciente, que aquí no considero, como campo de revisión y debate: el período 1984-89. El mismo se concentraba en dos puntos: la participación del Frente Amplio en el pacto del Club Naval (polémico dentro del FA) y la oposición a la impunidad militar (polémico en la sociedad uruguaya, mas consensual y unificador al interior del FA).

## 10. Conclusión

Si bien hay cambios que revelan una moderación política que lo acercó a los partidos tradicionales, al mismo tiempo la izquierda moderada en que se ha transformado el actual Frente Amplio reforzó su personalidad partidaria preservando y redimensionando algunos sesgos que ya eran distintivos. La confirmación de una identidad frenteamplista que sobrevive y convive con las tendencias centripetas constatables en el sistema de partidos uruguayo en los últimos años, ubican al Frente Amplio como un actor partidario claramente diferenciado de los partidos blanco y colorado los cuales a su vez aparecen muy asociados entre sí en torno a la gestión de gobierno y por efecto del nuevo escenario electoral que los reunió en noviembre de 1999 para enfrentar al Frente Amplio. Ello se ve reforzado a su vez por el lugar que la tradición propia pasa a ocupar en la identificación partidaria y en la práctica política de la izquierda.

El Frente Amplio desarrolló desde el momento mismo de su fundación un proceso de progresiva incorporación del tradicionalismo político. El rescate de tradiciones nacionales, de parte de las tradiciones blanca y colorada, el reconocimiento del propio pasado, la articulación de una forma de mirar, reconstruir y relatar la historia nacional, son despliegues de estos quince años que retoman el giro del 71 y que dan por resultado la invención de una tradición propia que se vuelve componente relevante de la práctica política y de la identificación partidaria de la izquierda frenteamplista, junto con las referencias ideológicas, las postulaciones programáticas, las formas de asociabilidad partidaria y las modalidades de convocatoria. Esta fuerte tradicionalización, en tanto comporta un elemento de nacionalización que confirma la ruptura con la vieja ajenidad nacional de la izquierda (asociada a la jerarquización del perfil internacionalista), reposiciona convenientemente al Frente Amplio en el sistema político nacional.

La tradicionalización propiamente dicha del Frente Amplio tiene tres dimensiones: una relectura y ubicación conveniente respecto al pasado y las tradiciones nacionales, la creación de una tradición propia que se vuelve componente central de la identificación partidaria y de la práctica

política de la izquierda, una incorporación firme aunque incompleta de la tradición democrática e institucional uruguaya.

La relectura del pasado nacional termina ubicando al Frente Amplio como el continuador histórico de dos grandes proyectos frustrados de transformación económica y social ubicados en los comienzos del siglo XIX uno y en los del siglo XX el otro. La revolución artiguista y el reformismo batllista son rescatados del pasado nacional como dos momentos, dos fenómenos, dos proyectos inconclusos con los que la izquierda se identifica y se postula como la fuerza política que retomando sus postulados los concretará completado esas historias truncadas. De esta forma la izquierda define convenientemente su lugar en la historia retomando, en un caso, un componente de la tradición propiamente nacional, y apropiándose, en el otro, de un elemento central de la tradición colorada que se completará con la incorporación de algunas tradiciones blancas centradas en sus vetas nacionalistas y democráticas. El resultado es una izquierda frenteamplista que se promociona como síntesis superior de las “mejores tradiciones nacionales” abandonadas por blancos y colorados y define su “tarea histórica” como realización de los grandes proyectos frustrados de transformación del país. Entre las tradiciones ajenas tomadas por la izquierda, a estos elementos se agrega la más reciente, aunque todavía difusa y/o no muy bien resuelta, incorporación del neobatllismo.

De esta forma, la izquierda va constituyendo una tradición propia con la apropiación de esos elementos que se integran con su propio pasado, con su propia acumulación de tradiciones. En este sentido, si bien se incorporan elementos más lejanos que se remontan a fines del siglo XIX e inicios y del XX (mediados de siglo en el último caso señalado), los elementos fundamentales surgen de una mirada al pasado más reciente y a dos momentos precisos dentro del mismo: el período de enfrentamiento al pachequismo entre 1968 y 1973 y la etapa de la dictadura militar entre 1973 y 1984. De la reconstrucción de este pasado inmediato la izquierda se constituye en una tradición de lucha contra el poder autoritario primero y abiertamente despótico luego. La evocación de esa peripecia cercana se vuelve un elemento religante de la identificación partidaria que agrega a las convicciones ideológicas y a las definiciones programática un componente emotivo que refuerza al frenteamplismo como organización política forjada en una tradición de lucha con todo lo que de épico y heroico se deriva de ello.

La construcción de la tradición frenteamplista también supuso la incorporación de otra parte esencial de la tradición política nacional: la democracia política como valor intrínseco. El abandono de la concepción instrumental de la democracia y su revalorización como un fin en sí mismo es un fenómeno que se confirma en los años transcurridos desde la redemocratización. Este elemento se vincula con el anterior en la medida en que el alto costo humano pagado en el combate al autoritarismo, se vuelve a la salida de la dictadura carta de acreditación democrática de la izquierda. La superación de las visiones instrumentales de la democracia y su revalorización como fin en sí mismo es un hecho notorio. Sin embargo, la izquierda mantiene una preocupante indiferencia institucional, una aparente ignorancia de la especificidad de la cuestión y los problemas derivados de la cuestión institucional. (Este asunto del que no he hablado en este trabajo, se abordará específicamente en el tercer documento de esta serie).

Con esta revalorización de la democracia, aún cuando subsiste una problemática indiferencia institucional, se completan las tres dimensiones constitutivas de la tradicionalización propiamente dicha del Frente Amplio. Al final de este recorrido, el Frente Amplio se ha vuelto un partido tradicional en sentido estricto: se institucionalizó el frenteamplismo como partido (las diversas corrientes internas subsisten en su interior reconvertidas en fracciones del partido mayor), acumuló una tradición propia que es movilizada como elemento de identificación partidaria y fundamento de la práctica política cotidiana, y la integró en la tradición política nacional incluyendo ciertos componentes de las tradiciones de los "otros".

Como se indicó en la introducción esta tradicionalización del Frente Amplio se vuelve más llamativa, más evidente, por cuanto estamos asistiendo simultáneamente a una modificación de la relación de los partidos tradicionales con la historia y con sus tradiciones: el recurso a la historia, al acervo de tradiciones propias, especialmente entre los colorados, ha retrocedido. La reconstrucción histórica tradicional está siendo dejada a un lado sin que se vea aún muy claro qué nuevo relato histórico le sustituirá. La izquierda ha construido un "adecuado pasado" y una tradición propia al mismo tiempo que blancos y colorados están abandonando parcialmente o reformulando sus respectivas tradiciones políticas.

El repaso de la lectura frenteamplista de la historia nacional y su relación con la tradición podría continuar. Las presentadas son algunas pistas para el estudio del cambio que se desplegó entre 1971 y 1973 confirmándose plenamente entre 1984 y 2000. La izquierda, que se había caracterizado por una impronta ideológica que condicionaba, entre otras cosas, su relación con el pasado y las tradiciones nacionales, procesó una transformación que dejó a un lado la incompatibilidad racionalismo-tradicionalismo, incorporando crecientemente este último. Hoy vemos una izquierda en que las invocaciones tradicionales, se desenvuelven junto a las referencias ideológicas y las formulaciones programáticas. Los tres elementos (tradición-ideología-programa) al tiempo que se relacionan de otra manera y juegan roles distintos, han cambiado internamente: la invención de la tradición y su acceso a un lugar privilegiado de la política de izquierda se concreta simultáneamente con la revisión y apertura ideológica y moderación programática.

Ambas facetas de la renovación (como moderación y como tradicionalización) no sólo son simultáneas y compatibles, sino que más bien en estos últimos quince años han demostrado ser complementarias y funcionales. La segunda funciona como antídoto frente a los peligros que plantea la primera. La moderación política, en tanto acorta la distancia frente a blancos y colorados y aumenta los parecidos, le podría haber planteado al Frente Amplio el riesgo de desdibujarse, de perder perfil propio, poniendo en peligro su lugar propio en el sistema. Sin embargo, al operarse simultáneamente la tradicionalización (en sentido estricto) que refuerza y tonifica al frenteamplismo, confirmando su personalidad o identidad política, ese riesgo es neutralizado, sencillamente no se concreta. Moderación y tradicionalización están conectadas y se explican mutuamente.

## BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES <sup>34</sup>

- Alonso, Rosa - De la Torre, Nelson - Rodríguez, Julio - Sala, Lucía (1970): *La oligarquía oriental en la Cisplatina*. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.
- Anderson, Benedict (1983): *Imaged communities: reflections on the origin and spread of nationalism*. Verso, Londres, 1983 (citado en Francisco Panizza 1991 "Las paradojas de la consolidación de la democracia en América Latina", en *Cuadernos del Claeh*, N° 56. Montevideo).
- Barrán, José Pedro (1986): "El antiartiguismo y el miedo a la revolución social en 1825", en *Revista de la Biblioteca Nacional*, Montevideo.
- Barrán, José Pedro - Nahum, Benjamín (1964): *Bases económicas de la revolución artiguista*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Barrán, José Pedro - Nahum, Benjamín (1967-1978): *Historia rural del Uruguay moderno*, 7 tomos, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1967-1978.
- Barrán, José Pedro - Nahum, Benjamín (1979-1987): *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*, 8 volúmenes, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Caetano, Gerardo (1992-1993): *La República Conservadora*, 2 tomos, Editorial Fin de Siglo, Montevideo.
- Caetano, Gerardo y Rilla José (1995): "Izquierda y tradición. Un problema y su versión en Uruguay". en Gerardo Caetano - Javier Gallardo - José Rilla (1995): *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- De Armas, Gustavo - Garcé, Adolfo (1997): *Uruguay y su conciencia crítica. Intelectuales y política en el siglo XX*, Editorial Trilce, Montevideo.
- De la Torre, Nelson - Rodríguez, Julio - Sala, Lucía (1967): *Artigas, tierra y revolución* Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.
- De la Torre, Nelson - Rodríguez, Julio - Sala, Lucía (1967): *Estructura económica-social de la colonia*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.
- De la Torre, Nelson - Rodríguez, Julio - Sala, Lucía (1968): *Evolución económica de la Banda Oriental*. Ediciones Pueblos Unidos. Montevideo.

---

<sup>34</sup> Sólo se incluyen los trabajos y los documentos citados en este documento. La bibliografía y documentación completa figurarán en el último de los tres documentos de trabajo que integrarán esta serie.

- De la Torre, Nelson - Rodríguez, Julio – Sala, Lucía (1969): *La revolución agraria artiguista (1815-1816)*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.
- De la Torre, Nelson - Rodríguez, Julio – Sala, Lucía (1972): *Después de Artigas (1820-1836)*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.
- Fernandez Huidobro, Eleuterio (1986-1987): “Historia de los tupamaros”, 3 tomos, Editorial Tae, Montevideo.
- Harnecker, Marta (1991): *Frente Amplio. Los desafíos de una izquierda legal*, 4 tomos, La República, Montevideo.
- Hobsbawn, Eric (1991): “La invención de tradiciones”, en *Revista uruguaya de Ciencia Política*, No.4, ICP-FCU, Montevideo (traducción de la introducción al libro de igual nombre cuya edición original inglesa data de 1984).
- Hobsbawn, Eric (1993): *Política para una izquierda racional*, Crítica, Barcelona, (traducción de la edición original inglesa de 1989).
- Lanzaro, Jorge (1996): *La izquierda uruguaya de la adscripción corporativa a la emergencia de un partido de nuevo tipo (medio siglo de vida política: 1942-1996)*, inédito, Montevideo.
- Machado, Carlos (1985): *Historia de los orientales*, 3 tomos, Ediciones Banda Oriental, Montevideo.
- Methol Ferré, Alberto (1994): "Elección, tripartidismo y nueva bipolaridad", entrevista de Carlos Vargas, en *Cuadernos de Marcha*, No. 100, Montevideo.
- Mieres, Pablo: "Elecciones de 1989: el cambio del sistema de partidos y las adhesiones políticas"
- Pareja, Carlos (1989): "Polifonía y jacobinismo en la política uruguaya", en *Cuadernos del Claeh*, No. 49 y 51, Montevideo.
- Pérez, Jaime (1996): *El ocaso y la esperanza. Memorias políticas de medio siglo*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo.
- Pérez, Romeo (1984): "Los partidos en el Uruguay moderno", en *Cuadernos del Claeh*, No. 31, Montevideo.
- Queirolo, Rosario (1999): “La tradicionalización del Frente Amplio” en Luis Eduardo Gonzalez y otros *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.

- Real de Azúa, Carlos (1964): *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Real de Azúa, Carlos (1969): "El Uruguay como reflexión", fascículos 36 y 37 de la *Enciclopedia Uruguaya*, Centro Editor de América Latina, Montevideo.
- Rilla, José (1999): "Cambiar la Historia. Sobre la relaciones entre la historia política y la élite política en el Uruguay contemporáneo", *Revista uruguaya de Ciencia Política*, N° 11, ICP-FCU, Montevideo.
- Rodríguez, Enrique (1979): *Uruguay: raíces de la madurez del movimiento obrero*, sin datos editoriales.
- Rubio, Enrique (1997): "El frentismo del futuro. De las internas al gobierno nacional", en *Cuadernos de Marcha*, N° 134, Montevideo.
- Turiansky, Wladimir (1997): *El Uruguay desde la izquierda (una crónica de 50 años en la vida política y social)*, Cal y Canto, Montevideo.
- Wettstein, Germán (1984): *La autoridad del pueblo. Liber Seregni*, Ediciones Índice, Montevideo.
- Yaffé, Jaime (2001): *Del Frente Amplio al Encuentro Progresista: el camino de una izquierda moderada*, Documento de Trabajo No , Instituto de Ciencia Política, Montevideo.
- Zabalza, Jorge (1995): *El tejazo y otras insurrecciones*, Editorial Tae, Montevideo.

#### *Documentación mencionada*

- "Documentos de la huelga general 1973". Documentos sindicales 3, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1985.
- "Lucha y polémica sindical (1968-1973)", 4 volúmenes, Dcoumen, Documentos sindicales 4 al 7, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1985.
- "El tercer congreso", 2 tomos, Documentos sindicales 8 y 9, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1986.

## INDICE

1. Introducción: la construcción de una tradición de izquierda .....	2
2. Las tradiciones políticas .....	5
3. El tradicionalismo político uruguayo .....	8
4. Izquierda y tradición: una aversión persistente y una conciliación apasionada .....	10
5. Historia y Política: la disputa por el pasado .....	15
6. Izquierda y Artiguismo.....	18
7. Izquierda, batllismo y nacionalismo.....	24
8. El Frente Amplio como síntesis de la “mejores tradiciones”.....	29
9. El pasado propio, el pasado reciente: la forja de la tercera divisa .....	31
9.1 Enfrentando al pachequismo (1968-1973).....	32
9.2 Represión y resistencia en dictadura (1973-1984) .....	38
10. Conclusión .....	41
Bibliografía y fuentes .....	45